



EQUIPO DE COORDINACIÓN:

Doribel Matamoros Martínez
Marta Fresneda Gutiérrez
Mariano Mejías
Pili Omella Griñón

DISEÑO ARTÍSTICO:

Dani Latorre Manresa
Marta Fresneda Gutiérrez
Mariano Mejías

EDICIÓN:

Hnas. de la Caridad de Sta. Ana
C/Madre Ràfols, 13.
50004 Zaragoza. España
Tels: 976 43 54 22
976 43 91 46
www.chcsa.org

Esta revista
ha sido
impresa en



DEPÓSITO LEGAL:

Z - 554-97

IDENTIDAD

Robé un móvil y acabé en la cárcel.....	3
En defensa de la vida	6
Educar más allá de la justicia	13

CUIDADO

Nacimiento del Ámbito de Prevención y Protección	17
El grito de la tierra y el grito de los pobres.....	20
8 Años sembrando esperanza en la Fundación Juan Bonal	25
Amor sin fronteras	27
Venezuela: cuando tiembla la casa común	30

FORMACIÓN

Cuando la Iglesia vuelve a mediar	32
10 pasos para entender Laudate Deum	35
Tres consejos para equipos directivos para <i>Dummies</i>	36

ESPIRITUALIDAD

Mirar transforma	38
En las segundas oportunidades nos jugamos la credibilidad ...	41

FRATERNIDAD

Todo desde la fraternidad	44
Alzar la mirada	47

MISIÓN

"EL CAMPING" Empoderar desde la televisión	51
La verdad como bien común en tiempos de ruido	55
Las huellas de un voluntariado en Tela, Honduras	58
El perfume de la tierra.....	60

LIDERAZGO

Componer. Una necesidad interior.....	65
Familias por la educación	68
Inteligencia Artificial	70
Liderazgo de la Hospitalidad	71



ROBÉ UN MÓVIL Y ACABÉ EN LA CÁRCEL

El sentimiento de pertenencia y los caminos complicados

Dominica García Calderón.
Lima, Perú

El ser humano está lleno de experiencias marcadas por la vida: experiencias maravillosas y experiencias duras o difíciles. Sin embargo, cuando se tiene el deseo profundo de salir adelante, con esfuerzo y valor todo es posible para apreciar, cuidar y proteger la vida.

En esta oportunidad, la revista pone su mirada, llena de amor, en la vida de la señora Erica Doria Rivera, de 45 años de edad, residente en Lima, Perú.

Erica tiene ocho hijos, todos bajo su custodia, aunque los mayores ya son adultos y uno de ellos tiene su propia familia. La señora Erica vive en la casa de su madre, en un espacio bastante reducido donde duermen y se alimentan. Los niños realizan sus tareas escolares sobre la cama, ya que no cuentan con espacio para una mesa. Debido a la difícil situación económica que atraviesa junto a sus hijos, no tienen la posibilidad de acceder a una vivienda más amplia que les permita vivir con mayor comodidad, con espacios adecuados para dormitorio,



Familia de Daleska

cocina y estudio para los hijos menores que aún cursan la educación escolar.

Erica realiza trabajos muy eventuales. Generalmente, recolecta envases plásticos para reciclaje, lava ropa ajena, limpia casas y realiza otras labores domésticas. Con todo el dinero que logra reunir, cubre los gastos relacionados con los estudios de sus hijos, la alimentación y el pago de los servicios básicos de agua y electricidad de la vivienda donde su madre les brinda acogida.

El padre de los niños se encuentra en prisión desde hace más de siete años por un presunto robo de un teléfono celular. Según relata la señora Erica, un día él asistió a una fiesta con algunos amigos y, al finalizar, cuando todos se encontraban en estado de ebriedad, se dirigieron a un parque. Allí vieron a una señora utilizando su celular; uno de sus compañeros se lo arrebató, la mujer gritó y la policía llegó al lugar. Todos huyeron, excepto el padre de los niños, quien estaba demasiado ebrio para hacerlo. El verdadero responsable del robo le lanzó el celular antes de escapar junto con los demás. Los policías detuvieron al padre de los niños, le hicieron firmar un documento que no pudo leer adecuadamente debido a su estado y posteriormente fue llevado a prisión.

Cuando la señora Erica se enteró de la situación, se sintió impotente, ya que no contaba con recursos económicos para afrontar el proceso. Finalmente, fue sentenciado a veinte años de cárcel. Actualmente cumple condena en Ica, a más de seis horas de Lima. Antes de su encarcelamiento, también se dedicaba a recoger envases plásticos en las calles. Desde hace tiempo, la señora Erica no ha podido visitarlo, ya que no cuenta con los recursos necesarios para trasladarse y llevarle los artículos que solicitan en el centro penitenciario, como ropa, productos de higiene personal y otros enseres.

Desde hace siete años, la señora Erica, junto con sus hijos mayores, trabaja para sacar

adelante a los más pequeños, cubriendo sus necesidades educativas y alimentarias mediante la recolección y venta de envases plásticos. Estos son llevados a centros de acopio, donde reciben una remuneración muy baja, pero que constituye una ayuda indispensable para sostener a la familia.

Los hijos que se encuentran en la adolescencia atraviesan una situación especialmente difícil. Debido a la escasa orientación y acompañamiento que su madre puede brindarles, han comenzado a relacionarse con amistades que no contribuyen positivamente a sus vidas y que los han acercado a conductas perjudiciales.

Luis Ángel, uno de sus hijos, de 18 años, se encuentra en prisión desde hace tres meses. Según relata la familia, una noche salió a pasear con unos amigos y, mientras caminaban, uno de ellos arrebató el celular a una persona. Todos intentaron huir, pero la policía los persiguió y logró detenerlos. Fueron esposados y trasladados a la carcelita. Durante los interrogatorios, uno de los jóvenes declaró que quien había cometido el robo era otro de los amigos del grupo. Como consecuencia, el responsable fue condenado a veinte años de prisión.

Por su parte, el hijo de la señora Erica fue acusado de complicidad. Según cuenta la familia, durante su detención fue agredido físicamente por la policía y, al intentar defenderse, uno de los agentes consideró ofensiva su reacción. Asimismo, afirman que le solicitaron dinero para evitar su traslado a prisión, pero él se negó porque no



En la actualidad, la señora Erica tiene a su cargo cinco hijos y dos nietos.

disponía de recursos. Actualmente cumple una condena de siete años. Toda esta situación resulta muy difícil y dolorosa para la señora Erica y para todos sus hijos, especialmente para los menores.

A raíz de estos acontecimientos, y con el propósito de evitar que sus hijos de 15 y 16 años siguieran caminos perjudiciales, la señora Erica buscó un lugar donde pudieran recibir orientación y acompañamiento. Así llegaron a un hogar para jóvenes dirigido por los padres de San Juan Bosco. Actualmente ambos residen allí, se encuentran estudiando y están en proceso de adaptación.

En este hogar para adolescentes en situación de riesgo, la Congregación de San Juan Bosco promueve el desarrollo integral de numerosos jóvenes en condición de vulnerabilidad. La señora Erica siente un gran alivio y agradecimiento por el apoyo que reciben sus hijos. Sin embargo, debe visitarlos con frecuencia para cubrir algunas necesidades que les solicitan dentro de la institución.

En la actualidad, la señora Erica tiene a su cargo cinco hijos y dos nietos. Su hija mayor, Keyla, tiene dos hijos pequeños. Ella vivía fuera de Lima, pero se trasladó a la vivienda familiar después de que la casa donde residía se incendiara debido a un accidente relacionado con una fuga de gas. Como consecuencia, ahora todos viven en condiciones de mayor hacinamiento dentro del reducido espacio que ocupa la familia.

El padre de los hijos de Keyla se encuentra lejos y la comunicación con él es prácticamente inexistente. Según manifiesta la

joven madre, él estaría inmerso en problemas de adicción y se ha desentendido de sus responsabilidades familiares. Para sostener a sus hijos, Keyla se dedica a vender caramelos en los semáforos de las avenidas.

La señora Erica está profundamente agradecida por el apoyo y acompañamiento que recibe de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana a través del comedor Virgen de la Salud y del proyecto Amigos de los Niños del Mundo.

Desde el inicio del servicio del comedor, el lunes 16 de marzo, la familia acude de lunes a viernes para recibir alimentos ricos en proteínas, calorías y carbohidratos. En este espacio se sienten acogidos, cuidados y protegidos. A través de la alimentación, también reciben promoción humana y dignificación como personas.

Así como la historia de la señora Erica, marcada por el dolor y el sufrimiento, existen muchas otras familias que viven en condiciones de gran vulnerabilidad y con escaso apoyo por parte del Estado peruano. Son familias que carecen de oportunidades para salir adelante; jóvenes que culminan la educación secundaria y no pueden continuar estudios superiores, por lo que comienzan a trabajar para reunir recursos y, posteriormente, acceder a alguna formación técnica o carrera corta que les permita mejorar sus condiciones de vida.

En medio de esta realidad surge la esperanza de que algún día puedan alcanzar sus sueños, así como la reflexión sobre cómo podemos contribuir para que esas metas lleguen a hacerse realidad.



EN DEFENSA DE LA VIDA

Un grito profético contra la trata de personas

Hermana Isabel do Rocio Kuss

Coordinadora de la Red «Un Grito por la Vida» – Brasil



Un grito que trasciende fronteras

Existe un clamor que trasciende fronteras y que, a menudo, permanece silenciado: el clamor de personas cuya dignidad ha sido robada por redes que transforman la vida en objeto de explotación. En un mundo marcado por profundas desigualdades, esta economía invisible se nutre de la vulnerabilidad humana, y la trata de personas constituye una de sus expresiones más crueles.

Según estimaciones de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), más de 49,6 millones de personas viven actualmente en situaciones de esclavitud moderna en todo el mundo; de ellas, 27,6 millones son sometidas a trabajos forzados y 22 millones a matrimonios forzados, afectando de manera desproporcionada a mujeres y niñas.

Esclavitud,
trabajos
forzados y
matrimonios
forzados
en pleno
siglo XXI



Los datos globales también indican que las mujeres y las niñas representan aproximadamente el 65 % de las víctimas identificadas de trata de personas, especialmente en situaciones de explotación sexual.

El rostro brasileño de la trata de personas

Esta realidad global encuentra terreno fértil en Brasil, país que actúa como lugar de origen, tránsito y destino de víctimas de trata, lo que pone de manifiesto la urgente necesidad de respuestas coordinadas y comprometidas con la defensa de la vida y la dignidad humana.

En el contexto brasileño, la trata de personas está intrínsecamente ligada a la pobreza, la violencia estructural, el racismo y las desigualdades de género. Las mujeres, los niños y los adolescentes se encuentran en una situación de mayor vulnerabilidad, especialmente cuando están expuestos al abandono escolar, la violencia doméstica y el debilitamiento de los vínculos familiares. En la Amazonía, estos factores se ven agravados por el aislamiento geográfico, la presencia de economías ilegales, la expansión de grandes proyectos extractivos y la insuficiencia de servicios públicos básicos.

Otro elemento que se ha intensificado es el uso del entorno digital como plataforma de reclutamiento. Las redes sociales, plataformas y aplicaciones han sido utilizadas por redes criminales para captar víctimas mediante falsas promesas de empleo, relaciones sentimentales o mejores condiciones de vida, afectando especialmente a jóvenes y adolescentes. Este escenario plantea a la sociedad el desafío de desarrollar nuevas estrategias de prevención, educación digital y protección.

Una respuesta nacida de la profecía

Ante esta realidad, la Red «Un Grito por la Vida», fundada en 2007 por la Vida Religiosa Consagrada en Brasil, constituye una respuesta concreta y profética. A lo largo de sus 19 años de misión, la Red se ha consolidado como una de las principales organizaciones de la sociedad civil que luchan contra la trata de personas en el país, con presencia en las cinco regiones de Brasil y una amplia labor desarrollada a través de 32 centros y subcentros distribuidos en casi todos los estados, especialmente en las zonas más vulnerables.



Enraizada en la vida religiosa consagrada, predominantemente femenina, y compuesta por aproximadamente 300 miembros, la Red fortalece su misión mediante la participación activa de laicos y laicas, quienes amplían su presencia en la defensa, la prevención y la atención a las víctimas. Reconocida como brazo profético de la Conferencia de Religiosos de Brasil (CRB), expresa de manera concreta su compromiso con la defensa de la vida, la dignidad humana y la justicia.

Su trabajo se estructura en torno a cuatro pilares interconectados que, en la práctica, traducen esta dimensión profética:

- **Sensibilización y prevención:** Mediante campañas, talleres y procesos educativos, la Red trabaja directamente con mujeres, adolescentes y jóvenes en contextos vulnerables. En escuelas, comunidades y territorios periféricos y amazónicos, promueve la sensibilización, fortalece el pensamiento crítico y previene situaciones de riesgo. Asimismo, invierte en campañas digitales y en la producción de materiales educativos.
- **Acogida y cuidado:** La dimensión del cuidado expresa la faceta más evangelizadora de la misión. La Red acompaña a mujeres y jóvenes en situación de vul-

nerabilidad o víctimas de violencia y explotación, ofreciéndoles escucha activa y derivaciones dentro de la propia red, contribuyendo así a la reconstrucción de su dignidad y a la concreción de sus proyectos de vida.

- **Formación:** La formación continua es estratégica. Iniciativas como «Jóvenes que cuidan de la vida» destacan el liderazgo juvenil, capacitando a jóvenes como agentes de prevención en sus comunidades. La Red invierte en la cualificación de líderes para una acción crítica, comprometida y transformadora. Se integran temas como el género, las nuevas masculinidades, la juventud, la migración y la justicia socioambiental, reconociendo que la trata de personas está profundamente vinculada a estas dimensiones.
- **Incidencia política y creación de redes:** Como expresión de su compromiso profético, la Red participa en consejos, foros y espacios de control social, contribuyendo al desarrollo y seguimiento de políticas públicas. Su presencia fortalece la defensa de los derechos y la transformación de las estructuras que perpetúan la trata de personas. Combatir este delito, tanto en Brasil como en el resto del mundo, requiere la acción conjunta del Estado, la sociedad civil y la Iglesia.



En colaboración con redes internacionales, especialmente Talitha Kum, la Red forma parte de un movimiento global comprometido con la erradicación de la trata de personas y la promoción de la dignidad humana.

Profecía que denuncia y esperanza que anuncia

Ante este panorama, la Red «Un Grito por la Vida» reafirma su compromiso con la defensa de la vida, fortaleciendo su acción en red, el protagonismo de los jóvenes y la centralidad de las mujeres en la construcción de respuestas transformadoras. Como expresión de la misión de la Vida Religiosa en Brasil, se mantiene como una presencia que denuncia, cuida y anuncia caminos de liberación, en consonancia con el llamado de la Iglesia a situar la dignidad humana en el centro.

En este contexto, el difunto papa Francisco recuerda que «la trata de personas es una herida en el cuerpo de la humanidad contemporánea, una herida en el cuerpo de Cristo», exigiendo una respuesta ética, pastoral y política. Ya en el siglo XIX, el papa León XIII advirtió que «no es justo ni humano explotar la miseria ajena como instrumento de lucro», reafirmando que toda organización social debe estar al servicio de la dignidad de la persona humana.

Así pues, ante esta vocación ética, pastoral y social, allí donde la vida es herida no hay lugar para la neutralidad: es necesario romper el silencio, denunciar las estructuras que perpetúan la explotación y asumir con valentía la defensa incondicional de la dignidad humana. Es desde este horizonte que la Red «Un Grito por la Vida» prosigue su misión de confrontar la trata de personas, reafirmando que ninguna vida puede ser tratada como una mercancía y que la libertad es un derecho innegociable.



Tradução

EM DEFESA DA VIDA

Um grito profético contra o tráfico de pessoas

Irmã Isabel do Rocio Kuss
Coordenadora da Rede um
Grito pela Vida - Brasil

Um grito que atravessa fronteiras

Há um grito que atravessa fronteiras e permanece muitas vezes silenciado: o grito de pessoas cuja dignidade foi sequestrada por redes que transformam a vida em objeto de exploração. Em um mundo marcado por profundas desigualdades, essa economia invisível se alimenta da vulnerabilidade humana, e o tráfico de pessoas é uma de suas expressões mais cruéis. Segundo estimativas da Organização Internacional do Trabalho (OIT), mais de 49,6 milhões de pessoas vivem atualmente em situação de escravidão moderna no mundo, sendo 27,6 milhões submetidas ao trabalho forçado e 22 milhões a casamentos forçados, atingindo de forma desproporcional mulheres e meninas. Dados globais indicam ainda que mulheres e meninas representam cerca de 65% das vítimas identificadas de tráfico de pessoas, sobretudo nas situações de exploração sexual.

O rosto brasileiro do tráfico de pessoas

Essa realidade global encontra no Brasil um terreno fértil, onde o país se configura como origem, trânsito e destino de vítimas, revelando a urgência de respostas articuladas, comprometidas com a defesa da vida e da dignidade humana.

No contexto brasileiro, o tráfico de pessoas está intrinsecamente ligado à pobreza, à violência estrutural, ao racismo e às desigualdades de gênero. Mulheres, crianças e adolescentes encontram-se em situação de maior vulnerabilidade, especialmente quando expostos à evasão escolar, à violência doméstica e à fragilização dos vínculos familiares. Na Amazônia, esses fatores são ainda mais agravados pelo isolamento geográfico, pela presença de economias ilegais, pela expansão de grandes projetos extrativistas e pela insuficiência de serviços públicos básicos.

Outro elemento que tem se intensificado é o uso do ambiente digital como espaço de aliciamento. Redes sociais, plataformas e aplicativos têm sido utilizados por redes criminosas para atrair vítimas por meio de falsas promessas de emprego, relações afetivas ou melhores condições de vida, atingindo especialmente jovens e adolescentes. Esse cenário desafia a sociedade a desenvolver novas estratégias de prevenção, educação digital e proteção.

Uma resposta que nasce da profecia

Diante dessa realidade, a Rede Um Grito pela Vida, fundada em 2007 pela Vida Religiosa Consagrada no Brasil, constitui-se como uma resposta concreta e profética. Ao longo de seus 19 anos de missão, a Rede consolidou-se como uma das principais articulações da sociedade civil no enfrentamento ao tráfico de pessoas no país,



com presença nas cinco regiões do Brasil e atuação capilarizada por meio de 32 núcleos e subnúcleos em quase todos os estados, especialmente nas áreas mais vulneráveis.

Enraizada na Vida Religiosa Consagrada, majoritariamente feminina, e composta por cerca de 300 integrantes, a Rede fortalece sua missão com a participação ativa de leigos e leigas, que ampliam sua presença na incidência, na prevenção e no cuidado com as vítimas. Reconhecida como braço profético da Conferência dos Religiosos do Brasil (CRB), expressa, de forma concreta, o compromisso com a defesa da vida, da dignidade humana e da justiça.

Sua atuação se estrutura a partir de quatro eixos interligados, que traduzem, na prática, essa dimensão profética:

- **Sensibilização e prevenção:** Por meio de campanhas, oficinas e processos educativos, a Rede atua diretamente junto a mulheres, adolescentes e jovens em contextos de vulnerabilidade. Em escolas, comunidades e territórios periféricos e amazônicos, promove a conscientização, fortalece a capacidade crítica e previne si-

tuações de risco. Investe em campanhas digitais e produção de materiais educativos.

- **Acolhida e cuidado:** A dimensão do cuidado expressa o rosto mais evangélico da missão. A Rede acompanha mulheres e jovens em situação de vulnerabilidade ou vítimas de violência e exploração, oferecendo escuta qualificada e encaminhamentos em rede, contribuindo para a reconstrução da dignidade e dos projetos de vida.
- **Formação:** A formação contínua é estratégica. Iniciativas como as “Juventudes Cuidadoras da Vida” evidenciam o protagonismo juvenil, formando jovens como agentes de prevenção em seus territórios. A Rede investe na qualificação de lideranças para uma atuação crítica, comprometida e transformadora. Integração de temas como gênero, novas masculinidades, juventudes, migração e justiça socioambiental, reconhecendo que o tráfico de pessoas está profundamente conectado a essas dimensões.
- **Incidência política e articulação em rede:** Como expressão de seu compro-



misso profético, a Rede atua em conselhos, fóruns e espaços de controle social, contribuindo na construção e no monitoramento de políticas públicas. Sua presença fortalece a defesa de direitos e a transformação das estruturas que sustentam o tráfico de pessoas. Enfrentar o tráfico de pessoas no mundo e no Brasil exige ação conjunta entre Estado, sociedade civil e Igreja.

Em articulação com redes internacionais, especialmente a Talitha Kum, a Rede integra um movimento global comprometido com a erradicação do tráfico de pessoas e a promoção da dignidade humana.

Profecia que denuncia e esperança que anuncia

Diante desse cenário, a Rede Um Grito pela Vida reafirma seu compromisso com a defesa da vida, fortalecendo a atuação em rede, o protagonismo das juventudes e a centralidade das mulheres na construção de respostas transformadoras. Como expressão da missão da Vida Religiosa no Brasil, permanece como presença que denuncia, cui-

da e anuncia caminhos de libertação — em sintonia com o chamado da Igreja a colocar a dignidade humana no centro.

Nesse horizonte, recorda o saudoso Papa Francisco que “o tráfico de pessoas é uma chaga no corpo da humanidade contemporânea, uma chaga no corpo de Cristo”, exigindo uma resposta ética, pastoral e política. E, já no século XIX, o Papa Leão XIII alertava que “não é justo nem humano explorar a miséria alheia como instrumento de lucro”, reafirmando que toda organização social deve estar a serviço da dignidade da pessoa humana.

Assim, à luz desse chamado ético, pastoral e social, onde a vida é ferida, não há espaço para neutralidade: é preciso romper o silêncio, denunciar as estruturas que sustentam a exploração e assumir, com coragem, a defesa incondicional da dignidade humana. É nesse horizonte que a Rede Um Grito pela Vida segue sua missão de enfrentamento ao tráfico de pessoas, reafirmando que nenhuma vida pode ser tratada como mercadoria e que a liberdade é um direito inegociável.

EDUCAR MÁS ALLÁ DE LA JUSTICIA



Hermana Pili Omella

Transformar la persona para transformar el mundo

Hay una pregunta que no debería dejar de incomodarnos: ¿a quién no estamos llegando? Detrás de ella se esconde el núcleo más exigente de lo que significa educar desde la justicia. No se trata solo de impartir clase. Se trata de preguntarnos quién queda fuera, quién llega roto, quién necesita que alguien se arrodille antes de que él pueda levantarse.

La Casa Común no es únicamente el planeta que compartimos con la naturaleza. Es también el tejido humano que habitamos: las aulas donde una adolescente con la mochila llena de fracasos cruza el umbral por primera vez con miedo; el pasillo donde un joven con antecedentes aguarda que alguien le crea capaz; la sala de espera donde una familia migrante no entiende los formularios, pero sí percibe si la miramos o si la ignoramos. Cuidar esa casa —la humana, la más frágil— es también fe, ecología y justicia.

La educación que transforma no empieza con contenidos

¿Qué queremos que ocurra cuando alguien pasa por uno de nuestros centros? No hablamos únicamente de que apruebe, obtenga un título o encuentre trabajo. Habla-

mos de que algo en esa persona se mueva. Que quien sale no sea exactamente quien entró.

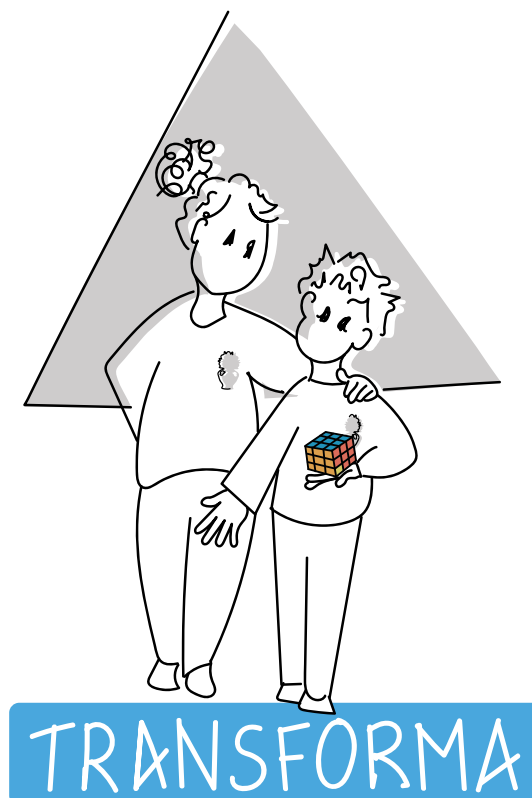
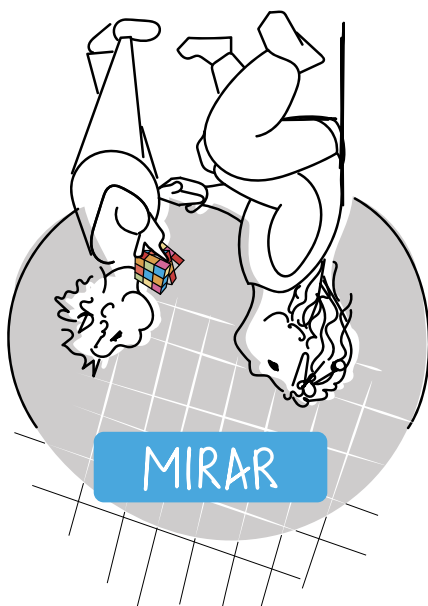
La transformación no se produce transmitiendo contenidos; se produce cuando alguien siente que otra persona confía en él. Cuando el educador se convierte en testigo: «Yo veo en ti algo que tú todavía no ves en ti mismo».

«La primera tarea del educador no es enseñar, sino mirar. Mirar de verdad. Detenerse ante cada historia como si fuera la primera vez que contemplas a un ser humano.»

Nuestros fundadores, María Ràfols y Juan Bonal, lo vivieron así: se abajaron para mirar de cerca la realidad que les rodeaba. Su pedagogía fue la pedagogía del suelo: ponerse al nivel del otro, no como estrategia metodológica, sino como convicción espiritual.

Centros de segunda oportunidad: una vocación, no un proyecto

En muchas de nuestras obras hay personas que llegan habiendo perdido, a veces varias veces: el curso, la confianza de su familia, la fe en sí mismas. La pregunta que traen en el cuerpo, aunque no la pronuncien, es: ¿aquí también me van a descartar?



La respuesta que demos a esa pregunta lo es todo. Un centro que se declara E2O —de segunda oportunidad— no es solo un nombre. Es una declaración de principios: aquí nadie llega tarde, aquí nadie queda fuera. El pasado no tiene la última palabra.

Pero hay que ser claros: la segunda oportunidad no es condescendencia ni lástima. Es reconocer que todos, en algún momento, hemos necesitado que alguien creyera en nosotros más de lo que nosotros mismos creíamos. Es justicia. Es devolver a alguien lo que el sistema le ha quitado: la posibilidad de ser. Pero lo nuestro va incluso más allá de la justicia.

¿Qué hace que un centro sea realmente de segunda oportunidad? No basta con admitir a quien otros han rechazado —aunque eso ya sea significativo—. Lo que define a un centro E2O es construir toda la cultura institucional desde una convicción: aquí

caben todos. Todos: los que llegan con historias rotas, los que vienen de familias en exclusión severa, los que llevan años sin sentirse capaces de nada... y también los que no tienen una historia particularmente difícil, pero que igualmente necesitan su oportunidad. La segunda oportunidad no es solo para quienes más han sufrido; es para cualquiera que llegue con ganas de intentarlo. Incluir esta mirada nos hace más justos y más coherentes con nuestra identidad.

Es lograr que los protocolos no se conviertan en barreras, sino en puertas. Que el lenguaje institucional empodere, no humille. Que haya siempre alguien disponible para la conversación que no puede esperar.

«Un centro E2O no es un proyecto educativo diferente. Es la misma educación vivida con más intensidad, con más presencia, con más fe en la persona que tienes delante.»

Abajarse para mirar: la pedagogía de la cercanía

Hay una imagen que vuelve una y otra vez: la de alguien que se arrodilla. Que baja la mirada al nivel del otro. En educación, abajarse significa cosas concretas: salir del lugar del saber para entrar en el lugar del encuentro, hacer preguntas antes de dar respuestas, sentarse junto al alumno en su «no puedo» antes de animarle a superarlo.

El mimo no es debilidad pedagógica. Es la forma más exigente del respeto. Cuidar a alguien no significa sobreprotegerle ni evitarle el esfuerzo. Significa acompañarle con presencia real, con atención genuina, con la convicción de que lo que le está pasando importa.

Esta pedagogía tiene raíces profundas en nuestra espiritualidad. Dios no habló desde las alturas. Se hizo pequeño. Eligió el pesebre, no el palacio; la fragilidad, no el poder. Y eso es, en el fondo, lo que hacemos cuando educamos de verdad: elegir la vulnerabilidad del encuentro frente a la seguridad de la distancia.

Y aquí entra una dimensión que no podemos ignorar: la corresponsabilidad. Educar no es una tarea que recaiga solo sobre el educador. Las familias, la comunidad, el propio alumno y las instituciones somos corresponsables del proceso. No acompañamos en soledad: caminamos juntos. Esta corresponsabilidad no diluye la responsabilidad del educador; la sostiene, la amplía y la hace más humana.

Una educación abierta: porosa, viva, en salida

Una educación transformadora no puede ser hermética. Necesita abrirse al mundo, conectarse con él. En nuestros centros, las preguntas sobre justicia ambiental, migración o desigualdad no son contenidos opcionales: son el contexto desde el que enseñamos matemáticas, lengua, oficios...

Una educación abierta convierte el barrio

en aula. La huerta comunitaria se convierte en clase de ciencias y ciudadanía. El testimonio del vecino que perdió su trabajo, en material para hablar de economía y dignidad. Las familias son parte del proceso, no meras espectadoras. La comunidad local es corresponsable. Nuestros centros no son burbujas, sino nodos de transformación social desde los que irradiar esperanza.

«La caridad no se aprende desde los libros. Se aprende viviéndola, viéndola, indignándose con su ausencia y alegrándose con su llegada.»

La caridad hecha Hospitalidad: lo que debemos a quien más lo necesita

Hay personas que llegan con una mochila que pesa mucho más que los libros: con hambre, con miedo, con soledad, con la mirada ausente de quien no ha dormido bien porque en casa no hay paz. El sistema educativo, en general, no sabe qué hacer con esa mochila.

Nuestra identidad exige que la veamos. Que pongamos los recursos —tiempo, formación, creatividad, vocación— donde más se necesitan. Que no apliquemos el mismo criterio a quien ha tenido todas las oportunidades que a quien ha tenido que construirse desde cero. Esto no es bajar el nivel. Es elevarlo.

Y en este cuidado hay una pregunta que nos interpela directamente: ¿quién acoge a los educadores? Si queremos pasar de la cultura del miedo a la cultura del cuidado, esa transformación debe incluir también a quienes enseñan. El educador que acompaña a diario historias rotas, que se abaja, que se deja afectar, también necesita ser sostenido. También necesita encontrar en su centro un espacio donde se le escuche, se le cuide y se confíe en él. Una institución que cuida a sus alumnos, pero no cuida a sus educadores, construye sobre arena.

En el fondo, educar desde nuestra identidad es una forma de ecología humana: preservar lo que hay de más precioso en cada

ser, crear las condiciones para que florezca. Exactamente lo que hacemos —o queremos hacer— con la Casa Común.

La caridad como horizonte: más allá de la justicia

La justicia es necesaria, pero no es suficiente. La justicia devuelve a cada uno lo que le corresponde; la caridad da más de lo que se merece, da lo que necesita. Y esa diferencia, en educación, lo cambia todo.

«La justicia pregunta: ¿qué le debo? La caridad pregunta: ¿qué necesita? Educar desde el Carisma Santa Ana es vivir instalados en esa segunda pregunta.»

Un educador con identidad Santa Ana no gestiona situaciones: acompaña personas. Se involucra. Se deja afectar. Invierte tiempo, energía y corazón en alguien que quizás nunca lo devuelva. Y lo hace no por obligación profesional, sino porque cree que esa persona vale infinitamente más que sus resultados.

Esa gratuidad —ese «más allá» que no se puede medir ni contabilizar— es lo que distingue una institución de misión de una simple prestación de servicios.

Lo que nos jugamos

Vivimos un momento en que la educación soporta una presión brutal de rentabilidad y métricas. Y hay algo en esa presión que amenaza exactamente lo más valioso: el tiempo lento del encuentro, la paciencia de quien acompaña sin prisa, la disposición a detenerse en una persona, aunque eso suponga perder parte del programa.

Nuestros centros tienen la oportunidad —y la responsabilidad— de ir a contracorriente. De recordar que educar es un acto de amor exigente, no de producción de resultados. Que el fracaso no es el fin del camino sino, muchas veces, el principio de uno mejor.

Tenemos la vocación, el carisma y la historia para hacerlo. Nuestros fundadores no esperaron que el mundo cambiara: promovieron el cambio. Se pusieron en camino con sencillez, pero desde la audacia. Nosotros también podemos. Somos de Santa Ana.

«Si realmente queremos cuidar la Casa Común, empecemos por cuidar a las personas que viven en sus grietas. Ahí también habita Dios. Ahí también empieza la transformación del mundo.»

Para seguir pensando...

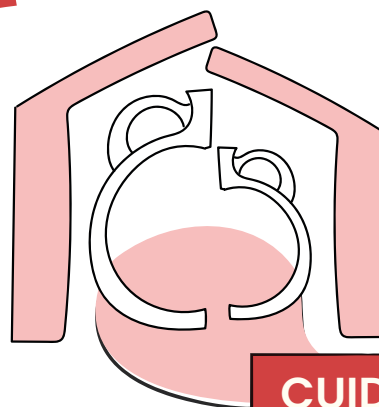
¿Qué hace diferente a un centro de segunda oportunidad de un centro ordinario? ¿En qué momento del día nos abajamos de verdad? ¿Hay alguien en nuestros centros —alumno o educador— que necesite una mirada y todavía no la ha recibido? ¿Tenemos espacios donde los educadores también son acogidos, sostenidos y cuidados? ¿Qué cambiaría si decidiéramos que la persona que más nos cuesta es también la que más necesitamos?

No son preguntas retóricas. Son invitaciones a la revisión de vida institucional. A que nuestros centros sean, de verdad, espacios donde la vida —toda la vida, también la más rota— encuentre posibilidad.

Padro Llano "La casa lugar de encuentro". Holguín, Cuba.



NACIMIENTO DEL ÁMBITO DE PREVENCIÓN Y PROTECCIÓN



Hna. Rosa Muñoz Andrés

Se me ofrece la posibilidad de compartir cómo se ha ido gestando el Ámbito de Prevención y Protección. Vamos a intentar explicarlo.

Desde el Gobierno General, presidido por la Hermana Carmen Mora, se hizo la propuesta al XXXI Capítulo General, celebrado en 2025, de «crear el Ámbito de Prevención y Protección», y esta fue aprobada. El Ámbito de Prevención y Protección vio la luz oficialmente en julio de 2025.

La necesidad de este ámbito se fue gestando en los años anteriores, cuando comenzamos este trabajo después de escuchar la llamada que el Papa Francisco hizo al pueblo de Dios en la carta del 20 de agosto de 2018. En ella nos invitaba a escuchar el

dolor de las víctimas: «Si un miembro sufre, todos sufren con él» (1 Co 12, 26).

Esta llamada no era algo ajeno a nuestro carisma, en el que se nos invita a «vivir la caridad universal principalmente con los más pobres y necesitados». Un nuevo y, a la vez, antiguo ámbito de escucha y cuidado se presentaba ante nuestros ojos. Digo antiguo porque María Ràfols ya actuó en esta línea: «La madre María Ràfols retira de una familia a la expósita acogida». Se nos relata aquí un caso en el que ella intervino. María Ràfols escuchó la voz de las víctimas.

La Congregación ha establecido, por tanto, la prevención, la protección y el cuidado como una prioridad absoluta que forma parte de nuestro carisma. El eje central es la protección de la integridad y la libertad de todas las personas, especialmente de aquellas que se encuentran en situación de vulnerabilidad.

La implementación de este ámbito se articula a través de lo que constituye la esencia de la Congregación: «la caridad hecha hospitalidad»; el «Manual de protección de la integridad y la libertad personales»; el acuerdo señalado en el XXX Capítulo General, en el que dijimos: «No a cualquier

La Cultura del Cuidado y el Buen Trato: Nuestro Compromiso Vital

Este contenido define la "Cultura del Buen Trato" no solo como una norma, sino como una expresión de caridad. Se centra en la promoción de conductas positivas y el autocuidado como la herramienta principal para garantizar la protección de menores y personas vulnerables.

PILARES FUNDAMENTALES DEL CUIDADO



Autoestima y Gestión Emocional
Conocernos y aceptarnos es imprescindible para cuidar y tratar bien a los demás.

Comunicación Constructiva y Vital
Evaluar el estado emocional propio y del otro antes de transmitir un mensaje.



El "Ser" sobre el "Hacer"
Valorar a la persona por su identidad cristiana y no por su productividad.



COMPROMISOS PARA UN ENTORNO SEGURO

Acciones que Promover



Fomentar la escucha activa, la empatía y la acogida de la diversidad.

Conductas que Evitar



Eliminar lenguajes ambiguos, gestos ofensivos y la invasión del espacio físico vital.

Prevención Profética



El buen trato es la mejor prevención contra cualquier forma de maltrato o abuso.

Nivel de Actuación

PROMOVER

Respeto, gratitud, justicia y formación en sensibilidad.



EVITAR

Lenguaje agresivo, contacto físico innecesario y ambigüedad.



NO ADMITIR

Conductas prohibidas detalladas en el Código de Conducta.



forma de abuso», y que el XXXI Capítulo General corroboró. Además, una de las líneas fuerza de las conclusiones capitulares hace referencia al cuidado: «Optamos por crear espacios seguros donde se respete la dignidad de cada persona y erradicar toda forma de abuso».

Las acciones clave para vivir esta llamada incluyen la formación continua, la elaboración de mapas de riesgos, la denuncia activa de abusos y la creación de estructuras de acompañamiento para las víctimas y los victimarios. El objetivo final es transformar nuestras comunidades y los centros donde trabajamos en espacios donde el respeto a la dignidad de la persona sea el eje de la acción evangelizadora.

Fundamentos y visión institucional

La labor de prevención y protección no se considera una tarea administrativa, sino un compromiso renovado con la identidad y el carisma de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Se define como una «señal profética» de su identidad.

- Centralidad de la persona: La acción evangelizadora sitúa a la persona, en su totalidad, como el centro. Según los textos ins-

titucionales, ser fieles a Dios nos pide ser fieles a la persona. «Todas las Hermanas, al participar del don de la caridad, estamos llamadas a testimoniar, como Cristo, el amor del Padre a cada persona».

- Cultura del cuidado: Se busca recuperar la esencia del ser para ponerse al servicio del otro, gestionando las emociones y las necesidades personales para construir comunidad.
- Compromiso ético: Existe un imperativo de denunciar cualquier hecho que ponga en peligro la integridad o la libertad de las personas, manteniendo un rechazo absoluto a toda forma de abuso.

Objetivos estratégicos

El Ámbito de Prevención y Protección se ha trazado metas claras para garantizar la seguridad en todas las obras y comunidades de la Congregación:

1. Encarnación de la espiritualidad: Traducir los valores espirituales a los que estamos llamadas por carisma y opción en acciones concretas de protección para las personas vulnerables.

2. Concienciación: Educar a hermanas, colaboradores y destinatarios sobre la urgencia del cuidado y del buen trato en las relaciones interpersonales.
3. Erradicación del abuso: Prevenir y eliminar cualquier forma de maltrato, y actuar con determinación ante sospechas o evidencias de estos actos.
4. Creación de espacios seguros: Asegurar que los centros y las actividades sean lugares de respeto absoluto a la dignidad humana.

Metodología de implementación

La implementación práctica de la cultura de prevención y protección en cada Provincia y Centro no sería posible sin la cooperación de las Hermanas en cada uno de los lugares donde estamos presentes, y se rige por las siguientes directrices:

- Coordinación: Las actividades serán planificadas en estrecha coordinación entre las Hermanas del Gobierno General y las Consejeras Provinciales y de Delegación responsables del Ámbito. Cada responsable adaptará la estrategia de Prevención y Protección a las leyes y a la realidad del país, en coordinación con los distintos Gobiernos, General y Provincial.
- Gestión emocional y relacional: Se prioriza la construcción de relaciones basadas en la aceptación incondicional, la empatía, el apoyo y el respeto.
- Identificación proactiva: El uso de mapas de riesgos permite identificar, localizar y valorar peligros potenciales de manera preventiva antes de que ocurran incidentes.
- Comunicación asertiva: Se enfatiza la importancia de la escucha empática, la generación de confianza y la elección del momento adecuado para la comunicación.

Conclusión

El Ámbito de Prevención y Protección constituye un pilar fundamental para la coherencia institucional de la Congregación. A través de la vivencia del carisma al que hemos sido llamadas, la formación, la vigilancia normativa y un enfoque centrado en la dignidad humana, se busca asegurar que cada una de nuestras comunidades y centros sea un testimonio vivo de protección y respeto.

El día 16 de octubre, aniversario de la beatificación de María Ràfols, celebramos en cada uno de los lugares donde estamos presentes el «Día del Cuidado y la Protección», con el fin de sensibilizarnos, junto a todas las personas que colaboran con nosotros, sobre la importancia del cuidado de la persona.

«Recuperando la esencia de nuestro SER, desde la persona que SOY..., para poder ponerme al servicio de la persona que ES el otro». De esta manera podremos hacer un mundo más justo, solidario y fraterno, donde cada uno de nosotros pueda vivir en paz.



EL GRITO DE LA TIERRA Y EL GRITO DE LOS POBRES

Camino de conversión

INTRODUCCIÓN: Una guerra mundial por pedazos

A nadie se le escapa que estamos viviendo unos años en los que parece incrementarse el número de conflictos en el mundo. Y así lo reflejan los datos de Naciones Unidas y de distintas organizaciones internacionales. Como el Papa León ha reiterado en varias ocasiones, al igual que su predecesor, estamos viviendo una tercera guerra mundial por partes, con el futuro de la humanidad en riesgo. En estos días podemos ver como premonitorias las palabras del Papa Francisco en la encíclica *Laudato Si'*: «Es previsible que, ante el agotamiento de algunos recursos, se vaya creando un escenario favorable para nuevas guerras, disfrazadas detrás de nobles reivindicaciones» (LS 57).

Nobles reivindicaciones como llevar la democracia a un país o liberar a un pueblo de su opresor. Y es que, detrás de muchos de los conflictos que estamos viviendo, se encuentra el acceso «preferente» al petróleo y al gas, así como a materias primas para la industria tecnológica y energética. Podemos pensar en los recientes conflictos en Ucrania, Venezuela e Irán y en el persistente conflicto en la República Democrática del Congo, entre muchos otros.

Además, parece que asumimos este incremento de la conflictividad armada como algo normal, hasta el punto de que poco a poco nos convencemos de que todos los países necesitan destinar dinero a rearmarse, dinero que debería estar destina-



Carlos Revuelto Gimeno
Delegado Episcopal de
Ecología Integral
Archidiócesis de Zaragoza

do a la mejora de la vida de las personas, sobre todo de las más vulnerables. Como señalaba el Papa Francisco: «La guerra es siempre una derrota para la humanidad».

Detrás de muchos de estos conflictos hay lo que en la encíclica *Laudato Si'* se llama «una economía que mata». Un sistema económico voraz, basado en el máximo beneficio económico de unos pocos a costa del expolio de la naturaleza y de la vida de muchas personas. Un sistema que, para maximizar estas ganancias, necesita acceder a las materias primas independientemente de dónde se encuentren, desplazando o asesinando a sus habitantes (RD Congo, Brasil...) y envenenando aguas y suelos (Bolivia, Perú, Colombia, Nigeria...).

EL CICLO DEL DESCARTE: de la extracción al vertedero

Estas materias primas son extraídas en muchas ocasiones sin ningún respeto por la naturaleza y con la ayuda de mano de obra en condiciones de semiesclavitud para garantizar el mínimo coste de extracción. A

continuación, recorren grandes distancias para su refinó e incorporación a la cadena de producción para, una vez fabricadas —igualmente al menor coste posible, a costa de las condiciones de vida de los trabajadores—, volver a recorrer grandes distancias hasta su punto de venta.

Pero, para seguir maximizando el beneficio en todo el proceso, una vez acabada su vida útil, muchos de estos productos acaban repartidos por el mundo en grandes vertederos bajo la excusa de su reciclaje. En el mejor de los casos, precisando de mano de obra barata (incluso de niños) para su reciclado parcial, se recuperará solo una parte de sus componentes, que en muchas ocasiones seguirán contaminando el entorno mezclados con otros tipos de basura.

Así, la dinámica de toda esta forma de consumo sigue generando problemas más allá de su producción y uso. Muchos de los residuos electrónicos y de ropa que se generan acaban acumulados en países del sur global —en muchos casos «disfrazados» de productos de segunda mano—, donde son acumulados, quemados y/o tratados por personas sin la protección adecuada.

LUGARES DE SACRIFICIO: el coste humano oculto

Además de los daños ambientales que estas prácticas generan —que tardarán décadas en revertirse en el mejor de los casos—, muchas personas acaban intoxicadas y acumulando en sus organismos sustancias químicas peligrosas que merman progresivamente su salud. Lo fácil es pensar que esos países deberían hacer algo para proteger a sus ciudadanos, pero la realidad es que la lógica del consumo en los países más ricos necesita que existan estos «lugares de sacrificio» (también humano) para seguir funcionando.

Frente a esta realidad, se hace evidente que es necesario que nuestras legislacio-

nes protejan también a las personas fuera de nuestras fronteras, con iniciativas como las obligaciones en materia de diligencia debida para las empresas.

Todo esto ocurre con el «visto bueno» de unas sociedades que valoran sobremanera la libertad individual para consumir y hacer lo que uno quiere o le apetece, pero pensando únicamente en uno mismo o, como mucho, en su círculo más cercano. Lo que les ocurra a otras personas ya no es «de mi incumbencia» y, si pertenecen a otras culturas o, además, están lejos, es como si no existieran.

CULTURA DEL DESCARTE: personas y naturaleza descartadas

Esta sociedad individualista acaba dando por buena la cultura del descarte que se ha introducido en la lógica económica hegemónica. Solo interesa lo que genera beneficio. Y esto se aplica por igual a la naturaleza y a las personas. Dentro de esta lógica, los seres vivos que no aportan valor económico no merecen respeto. En muchos casos, no merecen ni existir.

Un ejemplo es lo que está ocurriendo con los mamíferos: del 100 % de la biomasa de mamíferos del planeta (excluyendo a los humanos), los animales domésticos constituyen el 94 %, quedando únicamente un 6 % de animales salvajes.

La situación es aún más grave si consideramos que, según la Lista Roja de la UICN (2026), más de 48.600 especies de seres vivos están en peligro de extinción, lo que supone el 28 % del total evaluado. En 2025, 44 especies fueron declaradas extintas y, en los últimos cinco años, la cifra alcanza las 310 especies.

En cuanto a las personas, dentro de esta lógica de producción-consumo-desecho, se descarta a quienes habitan las zonas de donde proceden los materiales (lo que se conoce como la «maldición de los recursos»). Se descarta también a las personas

más vulnerables, que no pueden mantener el ritmo de consumo que necesita este sistema económico para garantizar las máximas ganancias: parados, enfermos, ancianos, excluidos... Y también se descartan todos los productos fabricados de los que ya no se pueden obtener unos beneficios económicos suficientes, algunos de ellos sin haberse usado nunca, como ocurre con toneladas de ropa que terminan todos los años en los vertederos.

Como advierte el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium*: «Los excluidos no son explotados sino desechos, sobrantes» (EG 53).

PECADO ESTRUCTURAL: un planeta finito

En un planeta finito, en el que cada vez superamos más límites planetarios —aquellos límites que es necesario no sobrepasar para garantizar la seguridad de la vida en la Tierra—, desperdiciar recursos y hacerlo, además, a costa de la vida de tantos miles de personas y de la Creación es un peca-

do estructural de nuestras sociedades más acomodadas al que no podemos volver la espalda.

Nuestra capacidad de depredación ha llegado a un punto en estos años (2020 $\pm$ 6 años) en el que la masa de los productos y materiales fabricados por la humanidad ya supera el peso de toda la biomasa del planeta, convirtiendo al ser humano en una de las principales fuerzas de transformación del mismo.

EL PELIGRO TECNOCRÁTICO: fiarlo todo a la técnica

Y es que lo fiamos todo a la técnica: «No nos preocupemos por los problemas porque algo inventaremos que lo solucione», como si esta fuera algo inocuo que está siempre ahí para salvarnos de nuestros propios errores.

Es cierto que la ciencia y la técnica nos han facilitado las condiciones de vida —lamentablemente todavía a unos más que



a otros— y, sobre todo, nos han permitido conocer mejor nuestro entorno e incluso detectar lo que estamos haciendo mal y cómo podemos mejorar. Pero actuar como si no pasara nada, confiando en que la técnica lo resolverá, es caer en el grave error del paradigma tecnocrático del que nos advierte la encíclica *Laudato Si'*, y cuyos problemas ya estamos viendo.

ESPERANZA ACTIVA: la conversión ecológica cristiana

Pero no podemos quedarnos únicamente en la lamentación por el estado de la situación del mundo, sino que debemos involucrarnos en su mejora. Los cristianos somos personas de esperanza, pero no de una esperanza que espera a que ocurran las cosas, sino de una esperanza activa, consciente de que Dios está de nuestro lado, «sé de quién me he fiado» (2 Tim 1, 12), y a favor de todas las personas que sufren.

Así que es necesario que pasemos a la acción tanto desde el punto de vista personal como desde la comunidad. Y un punto de partida es la conversión ecológica, de la que ya hablaba san Juan Pablo II en el año 2001 y que el Papa Francisco definía en la encíclica *Laudato Si'* como: «Una conversión ecológica que implica dejar brotar todas las consecuencias del encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea» (LS 217).

En otras palabras, mi encuentro con Jesucristo no me puede dejar indiferente ante el clamor de la Tierra y el clamor de los pobres.

VER-JUZGAR-ACTUAR: camino de transformación

Y, para ayudar en esta conversión, podemos aplicar el método Ver-Juzgar-Actuar (que podemos visualizar como cabeza-corazón-manos) a toda nuestra vida: también a nuestra forma de vivir, de consumir, de trabajar y de disfrutar del ocio. Podría estructurarse del siguiente modo:

- Ver (cabeza): Me informo de cómo son las cosas gracias a la ciencia y a la información de tantas entidades y organizaciones de la Iglesia y de la sociedad en general. ¿Qué está ocurriendo con la temperatura del planeta? ¿Dónde se fabrican las cosas? ¿Cómo? ¿De dónde vienen sus materias primas? ¿Alguien tiene que sufrir para que yo lo pueda disfrutar?
- Juzgar (corazón): Tomo «dolorosa conciencia» (LS 19) de la realidad. ¿Cómo me deja esto? ¿Cómo encaja con el Evangelio, con mi fe? ¿Cómo me quedo? ¿Me duele el sufrimiento de los demás? ¿Y el de la tierra y sus criaturas?
- Actuar (manos): ¿Y yo qué puedo hacer? ¿Puedo cambiar mi estilo de vida hacia uno más sencillo? ¿Puedo consumir de forma diferente? ¿Puedo dejar de comprar según qué productos y priorizar otros más respetuosos con la naturaleza y con las personas? ¿Hay otras personas a mi alrededor con las mismas preocupaciones? ¿Nos podemos unir? ¿Nos podemos sumar a movimientos más grandes para conseguir cambios en las legislaciones y las políticas?

Este camino de conversión nunca termina. Siempre debemos estar alerta para no conformarnos, para no estancarnos y seguir avanzando en la construcción del Reino. Y, no lo dudemos, mejor en comunidad: «A problemas sociales se responde con redes comunitarias, no con la mera suma de bienes individuales» (LS 219).

EN COMUNIDAD: ecofeminismo, decrecimiento económico y nuevos caminos

Por último, no quiero terminar esta reflexión sin citar uno de los movimientos en los que muchos pensadores cristianos ven uno de los caminos que se abren: el ecofeminismo. Concepto que lleva implícito el reconocimiento de la interdependencia de todos los seres entre sí y con la naturaleza, y la necesidad de impulsar una cultura en

la que el cuidado de las personas y de la naturaleza se coloque en el centro, por encima de otros intereses económicos o de poder.

Otros movimientos dentro de la economía son el decrecimiento económico (también llamado de la suficiencia o «vivir mejor con menos»), que plantea reducir el consumo para vivir dentro de los límites planetarios, y la Economía de Francisco (dentro de la propia Iglesia), que convoca a jóvenes economistas, empresarios y agentes de cambio a construir una economía del Evangelio.

Estos movimientos exploran y proponen experiencias económicas en las que las personas y el cuidado de la Casa Común se colocan en el centro, tratando de encontrar formas de vivir justas y dignas para todos, sin dejar a nadie atrás.

Seguro que podemos descubrir mucho bien también dentro de estas y de otras corrientes de pensamiento. Como decía Carl Sagan, la Tierra es «el único hogar que nuestra especie ha conocido». ¿Estaremos dispuestos a cuidarlo, a cuidar de los más vulnerables, a construir una economía que cuide y que no mate?

La conversión ecológica comienza hoy, en nuestras decisiones diarias, en comunidad, con esperanza activa. No lo olvidemos: Dios está de nuestro lado, y está de parte de quienes sufren.



8 AÑOS SEMBRANDO ESPERANZA EN LA FUNDACIÓN JUAN BONAL

Gracias, Hermana Prema: ocho años sembrando esperanza en la Fundación Juan Bonal.

He querido escribir estas sencillas líneas para expresar, desde la Fundación Juan Bonal, el profundo agradecimiento por la presencia y la entrega generosa de la Hermana Prema durante estos ocho años de servicio.

Resuenan en nuestro corazón las palabras del papa Francisco: "El mundo necesita esperanza y, con la gratitud, con esa actitud de decir gracias, nosotros transmitimos un poco de esperanza." Sin duda, la esperanza ha sido el sello que ha acompañado el trabajo cotidiano de la Hermana Prema. Con



**Hna. Melby Suárez,
Directora General
Fundación Juan Bonal**





discreción, sencillez y constancia, primero en el Mercadillo Solidario y, desde el año pasado, en el Espacio Solidario de la Fundación, ha hecho de su servicio un verdadero testimonio de amor y compromiso.

Han sido ocho años de intenso trabajo. Con dedicación ha recibido, clasificado, etiquetado e inventariado cada uno de los artículos que, gracias a la generosidad de tantas personas, llegan desde los diferentes países donde la Fundación desarrolla sus proyectos, enviados por las Hermanas y por numerosos voluntarios.

Su labor no terminaba en organizar cada donación. Con alegría y disponibilidad, llevaba estos artículos allí donde hubiera una oportunidad para realizar un mercadillo solidario: pueblos, parroquias y otros espacios, sin que el tiempo, la distancia o el peso de las maletas fueran un obstáculo. Lo importante era seguir haciendo posible que la solidaridad llegara a quienes más lo necesitan.

Cada artesanía, cada prenda de vestir, cada joya y cada objeto ofrecido en los mercadillos se transformaba, gracias a la solidaridad

de quienes colaboraban, en ayuda concreta para aliviar el hambre, combatir la desigualdad y ofrecer nuevas oportunidades de vida a muchas personas. Así, una vez más, se hacía realidad el milagro de la solidaridad.

Todo este trabajo ha sido posible también gracias a la capacidad organizativa, al espíritu fraterno y al acompañamiento cercano de la Hermana Prema hacia el grupo de voluntarios que forman parte del Mercadillo y del Espacio Solidario. Juntos han compartido una misma convicción, expresada en un lema que refleja muy bien su misión: "Quien regala tiempo, regala amor."

Hoy queremos decir, una vez más, gracias, Hermana Prema. Gracias por tu entrega generosa, por tu alegría serena, por tu testimonio de servicio y por hacer posible, con cada gesto de bondad, que muchas personas puedan vivir con mayor dignidad y esperanza.

Que el Señor siga bendiciendo tu camino y que el carisma de la Hospitalidad continúe iluminando tu vida y tu misión, allí donde Él te siga llamando a servir.

AMOR SIN FRONTERAS

Una Navidad de Compasión, Dignidad y Pertenencia

Hermanas y LSAF de la Comunidad
de Borivali, Mumbai.

Borivali, situada en la ciudad de Mumbai, en el estado de Maharashtra, es un suburbio que presume de una rica y diversa historia que se extiende a lo largo de siglos. Desde sus raíces antiguas hasta los desarrollos modernos, esta vibrante comunidad ha evolucionado hasta convertirse en un dinámico centro de patrimonio, cultura, tradición e innovación. Fue dentro de este mosaico vivo de culturas donde se desarrolló una celebración extraordinaria, una que reflejó el verdadero significado de la Navidad.

Unidos en un espíritu de amor, fraternidad y respeto mutuo, los participantes reflejaron bellamente la esencia de la Navidad: compasión, aceptación y unidad.

La comunidad transgénero en la India ocupa un lugar profundo y significativo en el patrimonio cultural y espiritual de la nación, con referencias presentes en antiguas escrituras, relatos populares y tradiciones religiosas. Sin embargo, a pesar de este reconocimiento histórico, la comunidad ha soportado siglos de marginación, exclusión social y discriminación.

En los últimos años, una creciente concienciación, el reconocimiento legal y las iniciativas de defensa de sus derechos han comenzado a restaurar la dignidad y la visibilidad de las personas transgénero, promoviendo el lugar que legítimamente les corresponde en la sociedad. Celebraciones como esta sirven como poderosos recordatorios de que la inclusión no es simplemente una idea, sino un compromiso vivido y practicado.

El objetivo principal de la celebración fue vivir la Navidad de manera significativa, expresando solidaridad, compasión y amor incondicional. La velada puso énfasis en la convivencia a través de momentos compartidos de interacción, música y fraternidad. Las risas, las conversaciones y los intercambios sinceros transformaron el salón en un espacio de pertenencia y confianza.

La distribución de obsequios no fue simplemente un acto de caridad, sino un gesto de solidaridad y cuidado. Simbolizó el mensaje más profundo de la Navidad: compartir, dignidad y esperanza.



Después de la entrega, se ofrecieron refrigerios ligeros, como vadapav y bebidas frías, que contribuyeron al ambiente festivo y garantizaron que la velada fuera tanto reconfortante como alegre.

El programa se enriqueció además con la melodiosa interpretación de villancicos navideños y canciones tradicionales. Miembros de la comunidad transgénero ofrecieron himnos devocionales que conmovieron profundamente a los presentes y fueron recibidos con cálidos aplausos y muestras de aprecio. Su participación no solo tuvo un valor artístico, sino también simbólico: una voz de fe, resiliencia y esperanza que se elevó en armonía con el mensaje navideño de paz y buena voluntad.

El evento recibió una respuesta extraordinariamente positiva, caracterizada por la entusiasta participación y la sincera gratitud de todos los asistentes. Fortaleció los lazos de amistad y reafirmó el compromiso colectivo de continuar celebrando este encuentro cada año, ampliando además los esfuerzos para apoyar, fortalecer y solidarizarse con la comunidad transgénero.

Lo que ocurrió aquella noche fue mucho más que un programa festivo. Fue un testimonio vivo de la convicción de que todo ser humano merece dignidad, respeto y amor.

Al abrir sus corazones y sus puertas a la comunidad transgénero, los Laicos de la Familia de Santa Ana encarnaron el verdadero espíritu de Cristo: aquel que reconoce la humanidad más allá de las etiquetas y acoge a cada persona como un hijo o hija de Dios valioso, amado y digno de ser apreciado.

“
La comunidad transgénero en la India ocupa un lugar profundo y significativo en el patrimonio cultural y espiritual de la nación



LOVE WITHOUT FRONTIERS

A Christmas of Compassion, Dignity and Belonging

Translation

Sisters & LSAF of Borivali Community, Mumbai.

Borivali, situated in the city of Mumbai, Maharashtra State, is a suburb that boasts a rich and diverse history spanning centuries. From ancient roots to modern developments, this vibrant community has evolved into a dynamic centre of heritage, culture, tradition and innovation. It is within this living mosaic of cultures that a remarkable celebration unfolded, one that reflected the truest meaning of Christmas.

United in a spirit of love, fellowship and mutual respect, the gathering beautifully reflected the essence of Christmas: compassion, acceptance and unity.

The transgender community in India holds a deep and meaningful place in the nation's cultural and spiritual heritage, with references found in ancient scriptures, folklore, and religious traditions. Yet despite this historical recognition, the community has endured centuries of marginalization, social exclusion and discrimination.

In recent years, growing awareness, legal recognition and advocacy have begun restoring dignity and visibility to transgenders, promoting their rightful place in society. Events such as this celebration serve as powerful reminders that inclusion is not merely an idea, but a lived commitment.

The primary objective of the celebration was to observe Christmas meaningfully by expressing solidarity, compassion, and unconditional love. The evening emphasized togetherness through shared moments of interaction, music and fellowship. Laughter, conversation and heartfelt exchanges transformed the hall into a space of belonging and trust.

The distribution was not merely an act of charity, but a gesture of solidarity and care. It symbolized the deeper message of Christmas: sharing, dignity and hope.

Following the distribution, light refreshments such as *vadapav* and cold drinks were served, adding to the festive cheer and ensuring the evening was both nourishing and joyful.

The programme was further enriched by melodious singing of Christmas carols and traditional songs. Members of the transgender community offered devotional hymns that touched many hearts and were received with warm applause and appreciation. Their participation was not only artistic but symbolic. A voice of faith, resilience and hope rising in harmony with the Christmas message of peace and goodwill.

The event received an overwhelmingly positive response, marked by enthusiastic participation and heartfelt gratitude from all present. It strengthened bonds of friendship and reaffirmed the collective commitment to continue this celebration annually, while expanding efforts to support, uplift and stand in solidarity with the transgender community.

What unfolded that evening was far more than a festive programme. It was a living testimony to the belief that every human being deserves dignity, respect and love.

By opening hearts and doors to the transgender community, the Laity of St. Anne's Family embodied the true spirit of Christ — one that recognizes humanity beyond labels and embraces every person as a valued and cherished child of God.

VENEZUELA: CUANDO TIEMBLA LA CASA COMÚN

Fraternidad, gratuidad y esperanza ante una crisis que no da tregua

El 24 de junio de 2026, dos terremotos de gran magnitud —7,2 y 7,5 en la escala de Richter, entre los más fuertes que ha sufrido el país en más de un siglo— sacudieron el Centro-Norte de Venezuela. La región de La Guaira quedó especialmente devastada: cientos de edificios colapsados, hospitales y escuelas dañados, carreteras cortadas. El balance oficial habla ya de más de 6.301 personas fallecidas y 16.740 heridas (balance oficial actualizado al 10 de agosto de 2026), y la Organización Internacional para las Migraciones calcula que hasta 6,8 millones de venezolanos se han visto afectados de un modo u otro. El Gobierno venezolano no ha publicado una cifra oficial de personas desaparecidas; el único dato conocido es el ofrecido por el gobernador del estado La Guaira, que situó la cifra en 1.579 personas según el censo de vivienda (4 de agosto de 2026), muy por debajo de las estimaciones iniciales de la ONU, que rondaban las 50.000. Pero lo que ha ocurrido no es solo un fenómeno natural que ha provocado un desastre: es un golpe más sobre un país que llevaba años tambaleándose.

Porque antes de que la Tierra temblara, Venezuela ya estaba temblando por dentro. Al comenzar este 2026, cerca de 7,9 millones de personas —más de una cuarta parte de la población— necesitaban ya ayuda humanitaria urgente para cubrir necesidades básicas: alimento, agua, medicinas, atención sanitaria. Años de hiperinflación, de colapso de los servicios públicos y de una emigración masiva que se ha llevado consigo a buena parte del personal sanitario y educativo, habían dejado al país en una fragilidad extrema. Y, como suele ocurrir, son los niños, los mayores y los más pobres quienes cargan con el peso mayor de esta crisis silenciosa.

Hermana Pili Omella

VENEZUELA EN CIFRAS

Más de 6.301 personas fallecidas y 16.740 heridas por los terremotos del 24 de junio, según el último balance oficial (a 10 de agosto de 2026).

El Gobierno venezolano no ha publicado una cifra oficial de personas desaparecidas. El único dato conocido es el del gobernador de La Guaira, que situó la cifra en 1.579 personas según el censo de vivienda (4 de agosto de 2026), muy por debajo de las estimaciones iniciales de la ONU (cerca de 50.000).

73.356 personas han sido atendidas en hospitales y 6462 han sido rescatadas de entre los escombros; el Gobierno ha entregado 287 viviendas nuevas a familias afectadas (balance oficial, 10 de agosto de 2026).

Hasta 6,8 millones de personas afectadas de algún modo por el sismo, según estimaciones de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM).

7,9 millones de venezolanos necesitaban ya ayuda humanitaria antes del terremoto (OCHA, inicio de 2026).

Solo el 17% de la financiación humanitaria solicitada para Venezuela se recibió en 2025: uno de los llamamientos peor financiados del mundo.

UNA CRISIS OLVIDADA, UNA HOSPITALIDAD QUE NO PUEDE OLVIDAR

Los expertos llevan tiempo llamando a Venezuela “una crisis olvidada”: una de las más graves del continente y, a la vez, una de las que menos atención y menos fondos recibe. Es fácil que, entre tantas urgencias que compiten por nuestra mirada, el sufrimiento prolongado deje de doler. La compasión, cuando se repite, corre el riesgo de gastarse. Y, sin embargo, es precisamente ahí donde se juega algo esencial del Evangelio: la hospitalidad no es una emoción pasajera, sino una decisión que se sostiene en el tiempo, aunque las cámaras se hayan ido a otra parte.

Cuidar la Casa Común no es solo cuidar la naturaleza: es cuidar a quienes la naturaleza, la economía o la injusticia han dejado más expuestos. Cada familia venezolana que hoy duerme en un albergue temporal, cada abuelo que ha visto derrumbarse la casa que levantó con sus manos, cada madre que reparte entre sus hijos lo poco que tiene, nos interpela directamente. No como una noticia lejana, sino como un hermano, una hermana, que llama a nuestra puerta.



Ante la fragilidad, la fraternidad
se hace gesto concreto

DE LA COMPASIÓN A LA GRATUIDAD

Nos sirve mirar hacia Venezuela no solo para lamentarnos, sino para preguntarnos qué lugar ocupa la gratuidad en nuestra vida. Es fácil dar de lo que nos sobra; más difícil es compartir de lo que necesitamos. La verdadera hospitalidad —la que aprendimos de Jesús, que se hizo huésped y anfitrión a la vez— no calcula cuánto le queda, sino cuánto puede dar. Y esa gratuidad se aprende poco a poco: en la oración que sostiene a quien sufre lejos, en el donativo que no se anuncia, en la atención a quien migra, en la memoria que no deja caer una crisis solo porque ya no es noticia.

Desde nuestras comunidades podemos responder de formas muy concretas: sumarnos a las campañas de emergencia de organizaciones católicas presentes sobre el terreno, acoger y acompañar a las familias venezolanas que viven cerca de nosotros, y, sobre todo, no dejar que el silencio informativo se convierta en silencio del corazón.

TRES GESTOS POSIBLES

1. Rezar por Venezuela, nombrándola concretamente en la oración comunitaria, de grupo, en la familia.
2. Informarse y compartir la realidad venezolana para que no caiga en el olvido.
3. Colaborar, aunque sea con poco, con las organizaciones que ya trabajan allí.

La Casa Común tiembla, sí. Pero también puede sostenerse en pie gracias a manos que se tienden sin esperar nada a cambio. Que Venezuela nos recuerde que la fraternidad no es un sentimiento de temporada, sino una forma constante de habitar el mundo.



CUANDO LA IGLESIA VUELVE A MEDIAR



Mons. Jordi Bartomeu Farnós

La visita de León XIV a España no puede leerse como una simple cortesía pastoral. En un mundo polarizado, dominado por la imposición, la tecnología sin alma y la diplomacia rota, el Papa busca aliados para devolver al centro la dignidad humana, el bien común y la esperanza cristiana.

Hay viajes que no se explican por la agenda, sino por la historia. Y hay gestos que, antes de ser interpretados pastoralmente, deben ser comprendidos en su densidad espiritual, política y moral. La llegada del Papa León XIV a España pertenece a esa categoría. No es un desplazamiento más, ni una visita devocional añadida al calendario de la Iglesia universal. Es un signo. Y los signos, cuando nacen de la Iglesia, no están hechos para decorar la realidad, sino para discernirla.

España no es hoy el país con más católicos del mundo. No lo es numéricamente. Pero la Iglesia no piensa solo con estadísticas, ni la historia se mide únicamente por censos. España sigue siendo un lugar decisivo en la “geopolítica católica”. Tiene una tradición viva, una lengua abierta a continentes en-

teros, una memoria misionera, heridas propias y una capacidad singular de interlocución con América Latina. Por eso he dicho que, aunque Brasil tenga 130 millones de católicos y México 90, España es como el “buque insignia para toda América Latina”. No por nostalgia. Por responsabilidad.

El Papa León no viene a España para confirmar inercias. Viene a despertar una alianza. “El Papa León necesita aliados” porque el momento histórico que atravesamos no afecta solo a una región, a una sensibilidad eclesial o a una generación política. Afecta a toda la humanidad. La tentación de nuestro tiempo es creer que los problemas globales pueden resolverse con fuerzas cerradas, intereses nacionales absolutizados o tecnologías entregadas a quienes ya no se sienten limitados por los Estados,

por los derechos humanos ni por ninguna forma de bien común. Esa es la vieja tentación del poder: creer que puede salvar al mundo dominándolo.

Precisamente por eso este viaje “va más allá, insisto, de una visita, una mera visita pastoral”. Tiene un contenido político en el sentido más noble de la palabra: no partidista, no ideológico, no instrumental, sino orientado a la construcción de vínculos. La Iglesia no sustituye a los Estados, pero puede recordarles aquello que los Estados olvidan cuando la fuerza reemplaza al derecho y la eficacia desplaza a la conciencia. La diplomacia tradicional, tal como la conocíamos, atraviesa una crisis profunda. Se rompen los canales, se empobrece la palabra, se impone la lógica de unos pocos sobre otros. En ese escenario, el Vaticano se ofrece como lugar de mediación, de escucha y de recomposición.

No es casual que León XIV sea agustino. San Agustín conocía demasiado bien el corazón humano como para idealizar la política o demonizarla. Sabía que toda ciudad se edifica desde un amor. Hay una ciudad fundada en el amor de Dios, en la verdad, en la justicia, en la solidaridad y en el bien común. Y hay otra ciudad centrada en el poder, el interés propio, la ambición y la satisfacción inmediata. Nuestro tiempo se parece demasiado a esta segunda ciudad. No porque falten discursos nobles, sino porque muchas veces esos discursos conviven con estructuras de dominio, con economías sin rostro y con tecnologías capaces de mirar al ser humano como dato antes que como misterio.



alza la mirada **Viaje Apostólico** **del Papa León XIV** **junio 6 - 12**

La inteligencia artificial es uno de los campos donde este discernimiento se vuelve urgente. León XIV es matemático; entiende de algoritmos. No habla de la tecnología desde el miedo del que no comprende, sino desde la lucidez de quien sabe que un instrumento maravilloso puede convertirse en una arquitectura de control si pierde su orientación humana. “La humanidad toda ella tenemos que desarmar” la inteligencia artificial. Desarmarla no significa destruirla. Significa impedir que sea utilizada

como arma contra la libertad, contra la dignidad y contra la igualdad fundamental de las personas. Una tecnología sin bien común termina fabricando un mundo sin prójimo.

Aquí aparece una de las claves del pontificado: una “paz desarmada y desarmante”. Desarmada porque no confía en la amenaza como fundamento del orden. Desarmante porque obliga a quienes viven instalados en la lógica del dominio

a descubrir que la autoridad verdadera no necesita humillar para ser fuerte. La autoridad cristiana no se afirma aplastando. Se afirma sirviendo. El poder, cuando se separa del amor, se vuelve administración del miedo. Y el miedo no evangeliza. Somete.

Por eso las líneas rojas de León XIV no son accesorios de agenda. Migración, racismo y abusos pertenecen al corazón mismo de su comprensión de la dignidad humana. Su sensibilidad hacia el racismo nace de una herida familiar, de la memoria de una madre molesta por el color de su piel en el Chicago de su infancia. El racismo para él es una

“línea roja, línea roja absoluta y total”. También lo es el sufrimiento de quienes llegan desde el sur global buscando un futuro mejor. La Iglesia no puede mirar esos rostros como problema estadístico. Debe mirarlos como tierra sagrada. Ante la conciencia y el dolor del otro, uno se descalza.

Lo mismo sucede con los abusos. No podemos reducirlos a expedientes, ni esconderlos bajo un lenguaje defensivo, ni tratarlos como un daño reputacional. Los abusos son “las heridas de Cristo”. Y esas heridas no se manipulan. No se instrumentalizan. No se esconden. Se contemplan con verdad, se escuchan con humildad y se reparan con justicia. Hablo de abusos sexuales, pero también de abusos de conciencia, de poder, espirituales e incluso económicos. Allí donde alguien utiliza una mediación sagrada para invadir la libertad interior de otro, la Iglesia deja de acompañar y empieza a dominar. Y cuando domina, traiciona al Señor que se abaja.

Una Iglesia madura no teme encontrarse con las víctimas. Al contrario: debería considerar ese encuentro como normalidad evangélica. La víctima no es una amenaza para la institución; es una llamada a su conversión. Si la Iglesia sigue a Cristo vulnerable, Cristo que sube a la cruz por amor, entonces no puede apartar la mirada de las llagas abiertas de su propio cuerpo. La comunión no nace del encubrimiento, sino de la verdad transfigurada. Solo lo que se mira con justicia puede algún día ser sanado por el amor.

Este mismo criterio vale para la vida interna de la Iglesia y para la vida social española. La polarización nos ha entrado también dentro. A veces hablamos de unidad como si fuera uniformidad, y de tradición como si fuera arqueología. Pero una tradición viva no es un refugio contra el presente; es una raíz capaz de alimentar respuestas nuevas. Espa-

ña posee ese potencial. Puede ayudar a afrontar una realidad incierta, a superar crispaciones y a ofrecer a los jóvenes algo más que miedo ante el futuro. No basta con lamentar la fragmentación. Hay que recomponer vínculos.

León XIV escucha mucho. A veces, incluso, desorienta, porque no responde desde el reflejo inmediato ni desde el gesto de gobierno apresurado. Recibe, madura, discierne. Le da miedo romper la baraja porque le importa la unidad. Esa actitud no es indecisión; puede ser una forma alta de prudencia. Francisco fue más táctico. León parece más estratega. Pero la estrategia cristiana no consiste en calcular para imponerse, sino en esperar el momento en que la verdad pueda ser dicha sin destruir la comunión.

Por eso el encuentro con la política española será clave. Congreso, Senado, instituciones, Iglesia y sociedad civil no son escenarios decorativos. Son lugares donde se decidirá si aceptamos una diplomacia multilateral o si nos resignamos a la imposición de unos pocos sobre otros. La Iglesia no trae soluciones técnicas para todo. Trae una pregunta anterior: qué idea de ser humano estamos dispuestos a defender. Sin esa pregunta, la política se vuelve gestión de fuerzas. Con ella, puede volver a ser servicio.

España debe entender la visita de León XIV como una llamada exigente. No se nos pide nostalgia, sino responsabilidad. No se nos pide poder, sino alianza. No se nos pide cerrar filas, sino abrir caminos. En una época tentada por la ciudad terrena, por el control tecnológico, por la polarización y por el olvido de los vulnerables, la Iglesia solo será creíble si vuelve a poner en el centro a Cristo, la conciencia y la dignidad humana. Todo lo demás es ruido.

La paz cristiana no se impone. Se ofrece. Y por eso desarma.

10 PASOS

para entender Laudate Deum

Hermanas Doribel Matamoros y Pili Omella

1. Reconocer la gravedad de la crisis climática

El Papa invita a tomar conciencia de que el cambio climático es una realidad que afecta a toda la humanidad y a la creación.

2. Escuchar el clamor de la tierra y de los pobres

Los efectos de la crisis ecológica golpean especialmente a los más vulnerables; por ello, el cuidado de la creación es también una exigencia de justicia.

3. Comprender la responsabilidad humana

El documento afirma que gran parte del deterioro ambiental tiene su origen en las acciones humanas y en modelos de desarrollo insostenibles.

4. Cuestionar el paradigma tecnocrático

Francisco advierte sobre la confianza excesiva en la tecnología cuando esta se separa de la ética, de la dignidad humana y del bien común.

5. Promover una conversión ecológica integral

No basta con cambios externos; se requiere una transformación del corazón, de los estilos de vida y de nuestras relaciones con Dios, con los demás y con la naturaleza.

6. Valorar la interdependencia de toda la creación

Todo está conectado. El ser humano forma parte de una misma familia creada por Dios y llamada a vivir en armonía.

7. Exigir una política internacional más eficaz

El Papa subraya la necesidad de acuerdos globales vinculantes que favorezcan el cuidado de la casa común y la protección de las futuras generaciones.

8. Asumir compromisos concretos

Cada persona, institución y nación está llamada a realizar acciones reales y verificables para reducir el daño ambiental.

9. Cultivar la esperanza activa

Aunque la situación es preocupante, el documento invita a no caer en el pesimismo, sino a trabajar con responsabilidad y esperanza.

10. Fundamentar el cuidado de la creación en la fe

Laudate Deum recuerda que la creación es un don de Dios. Cuidarla es una expresión de amor al Creador y de servicio a nuestros hermanos y hermanas.

En síntesis

Laudate Deum es una llamada urgente a la conversión ecológica, a la responsabilidad compartida y al compromiso concreto para proteger la casa común, inspirados por la fe, la justicia y la esperanza cristiana.

TRES CONSEJOS PARA EQUIPOS DIRECTIVOS PARA DUMMIES



Paco Morales Rodríguez

Responsable de los programas universitarios de la Fundación Trilema



En educación hablamos mucho de reformas, leyes o presupuestos. Sin embargo, muchas veces lo que realmente determina el aprendizaje de los alumnos ocurre en un lugar mucho más concreto: el aula.

Antes de entrar en los tres consejos, te propongo un pequeño ejercicio. Después de cada uno encontrarás un par de preguntas muy directas. No son para responder en voz alta ni para incluirlas en ningún informe. Son, simplemente, una invitación a que cada equipo directivo se detenga un momento y piense en su propio centro.

Si alguna pregunta se responde con facilidad, buena señal. Si alguna cuesta un poco más, sonríe, porque quizá ahí haya una oportunidad interesante de mejora.

Consejo 1. **El presupuesto no mejora el aprendizaje por sí solo**

El presupuesto de tu centro no garantiza la mejora del aprendizaje. Lo que sí puede marcar la diferencia es invertir en mejorar la enseñanza: desarrollar la pericia docente y promover una formación centrada en prácticas eficaces. Eso ayudará a conocer mejor el impacto de dichas actuaciones en el aprendizaje. El plan de formación de un centro es también un buen indicador del nivel de compromiso con los alumnos y sus familias.

Autodiagnóstico rápido para tu equipo

- ¿Qué parte del presupuesto está dedicada explícitamente a mejorar la enseñanza?
- ¿El plan de formación responde a problemas reales de aprendizaje detectados en los alumnos?

Consejo 2. **El contexto no determina lo que ocurre en el aula**

Identifica las creencias limitantes asociadas a la tipología de los centros (privados, públicos o concertados) o al contexto de tu escuela. Para ello, lo mejor es viajar a otras escuelas. Vive los límites —como diría Joaquín Sabina—, porque el estilo nace de los límites. En educación ocurre algo parecido: lo importante es qué sucede dentro de las aulas y cómo enseñan los docentes.

Autodiagnóstico rápido para tu equipo

- ¿Atribuimos los resultados de nuestros alumnos al contexto o analizamos lo que ocurre en las aulas?
- ¿Visitamos otras escuelas para observar otras prácticas docentes?

Consejo 3. **Menos alumnos por clase no cambian automáticamente el aprendizaje**

Ahora que vivimos una crisis demográfica en casi todos los países, conviene ser prudentes antes de pensar que reducir unos pocos alumnos por aula mejorará automáticamente el aprendizaje. Disminuir el número de alumnos no modifica por sí solo la calidad de la enseñanza. Lo determinante es qué hace el profesor con los alumnos que tiene delante.

La investigación educativa lleva años mostrando que pequeñas reducciones en el tamaño del grupo tienen un impacto limitado en el aprendizaje si la enseñanza no cambia. De hecho, la investigación de John Hattie muestra que el tamaño del grupo tiene un efecto mucho menor que la calidad de la enseñanza.

Autodiagnóstico rápido para tu equipo

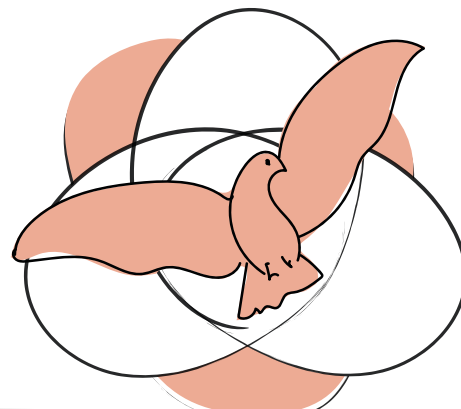
- ¿Sabemos qué prácticas docentes están teniendo un mayor impacto en el aprendizaje?
- ¿Analizamos regularmente qué funciona mejor en nuestras aulas?

Por eso, más allá de presupuestos, contextos o ratios, hay una cuestión que ningún equipo directivo puede evitar.

La pregunta incómoda para cualquier equipo directivo es esta: ¿está cambiando realmente la enseñanza en nuestro centro? Si no sabes explicarlo, ya has detectado tu tarea más urgente.



Alexandra Litavrina



ESPIRITUALIDAD

MIRAR TRANSFORMA

“ En mi interior había preguntas que me acompañaban desde la infancia

A lo largo de la vida escuchamos estas palabras muchas veces, pero rara vez llegamos a comprender su verdadero significado hasta que un día descubrimos que también hablan de nosotros.

Buenos días a todos los que lean este artículo. Me llamo Alexandra Litávrina y soy de Rusia, de Vladivostok, una de las ciudades más lejanas del mundo en las que está presente la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Agradezco profundamente la oportunidad de compartir mi experiencia de fe y cómo mi encuentro con las hermanas se convirtió, poco a poco, en un encuentro con Cristo.

Tengo 35 años y llevo algo más de tres años siendo católica. Nací con parálisis cerebral en una familia sencilla. Siempre he sido una persona más inclinada al optimismo que al pesimismo, pero en mi interior había preguntas que me acompañaban desde la infancia. Sentía que me faltaba una seguridad más profunda, una razón última que sostuviera la vida. Desde muy pequeña me preguntaba si existía algo más allá de lo que nuestros ojos pueden ver.

Junto a esas preguntas, había una pasión que marcó mi camino desde niña y que continúa acompañándome hoy: el amor por las lenguas. Las palabras siempre han sido para mí una puerta abierta al mundo, una forma de acercarme a las personas y de descubrir nuevas realidades. Con el tiempo comprendí que aquel amor por las palabras me estaba conduciendo, silenciosamente, hacia la Palabra.

Mirando hacia atrás, creo que el Señor comenzó a revelarme su rostro a través de muchas personas que fueron importantes en mi formación, especialmente mis profesores de lenguas extranjeras. Entre ellos ocupan un lugar muy especial las Hermanas de la Caridad de Santa Ana y, de manera particular, la hermana Alicia Gonzalo López.

La hermana Alicia enseñaba español a mi grupo de estudiantes y a muchas generaciones de alumnos antes que nosotros. Su influencia era tan grande que no exagero al decir que también había contribuido a la formación de numerosos profesores de español de mi ciudad. Sin embargo, lo que más recuerdo de ella no son únicamente sus conocimientos, sino la manera en que enseñaba: con paciencia, dedicación y una alegría que dejaba huella.

En aquellos años yo sabía muy poco sobre Jesucristo. Mi familia me había bautizado en la Iglesia Ortodoxa Rusa, pero ni ellos ni yo vivíamos una fe arraigada. Mis padres pensaban que, cuando fuera adulta, podría elegir libremente mi propio camino espiritual.

Y Dios, con infinita delicadeza, comenzó a preparar ese camino mucho antes de que yo fuera consciente de ello.

Uno de los recuerdos más luminosos de mi juventud tuvo lugar durante mi penúltimo año de colegio. Gané un concurso de lengua inglesa junto con otros estudiantes y el premio consistía en pasar dos semanas estudiando inglés en Malta, un pequeño país profundamente marcado por la fe cristiana.

Viajé acompañada por mi madre y nos alojamos con una familia de acogida. Recuerdo que la señora de la casa nos dijo que el domingo asistiría a la iglesia y nos invitó a acompañarla. Aceptamos.



No podría decir hoy en qué iglesia entramos aquella mañana. Malta está llena de templos hermosos y el tiempo ha borrado muchos detalles de mi memoria. Sin embargo, hay algo que nunca he olvidado.

No recuerdo las palabras pronunciadas durante la celebración. Apenas entendía el idioma. El maltés, con sus raíces semíticas, me resultaba completamente desconocido. Tampoco recuerdo las imágenes ni la decoración del templo. Pero sí recuerdo un instante muy concreto: el momento de la paz.

Vi cómo personas que quizá no se conocían se saludaban con afecto y sencillez. Era un gesto pequeño, comprensible para cualquiera, independientemente de la lengua o la cultura. Y, sin saber por qué, aquel gesto tocó profundamente mi corazón.

Han pasado más de diecisiete años desde entonces y todavía conservo vivo ese recuerdo. Hoy comprendo que Dios ya estaba llamando suavemente a la puerta de mi alma.

Años más tarde comencé mis estudios universitarios de lengua española. Ya dominaba bastante bien el inglés y me entusiasmaba descubrir una nueva lengua y una nueva cultura.

Durante el primer cuatrimestre nuestras clases se desarrollaban únicamente en español. La hermana Alicia se comunicaba con nosotros siempre en ese idioma. Al principio suponía un reto, pero pronto descubrimos la riqueza de aquel método.

También nos hablaba de tradiciones y celebraciones como la Navidad o el Día de Reyes. Poco a poco entendíamos que la fe formaba parte inseparable de la cultura hispana. Sin embargo, más allá de los contenidos académicos, lo que realmente nos marcaba era su cercanía. Su hospitalidad y su entrega hacían que cada estudiante se sintiera acogido. En algunas ocasiones compartíamos celebraciones con alumnos de otras especialidades, y aquellos encuentros contribuían a crear un ambiente de verdadera familia.

En el tercer año de carrera intenté viajar a España para continuar mis estudios. Finalmente no fue posible, pero hoy veo aquella etapa como una pieza importante dentro de un proyecto mucho más grande que yo misma desconocía. Nada de aquello habría sucedido sin la ayuda de Dios y de las hermanas.

Con el paso del tiempo llegaron también momentos difíciles, algunos de los más dolorosos de mi vida. Sin embargo, cuando ahora los contemplo desde la distancia, descubro en ellos la acción silenciosa de la Providencia.

Dios me enseñó que su amor no es abstracto ni lejano. Él ama personalmente, con

infinita atención a cada detalle de nuestra historia. Nada queda fuera de su mirada.

La hermana Alicia fue también la primera persona que me ayudó durante mi proceso de conversión. Gracias a ella conocí a otras Hermanas de la Caridad de Santa Ana, especialmente a las de Vladivostok, entre ellas la hermana Olga.

Hay algo que me impresionó profundamente desde el principio: la experiencia de familia. Lo que he visto en las hermanas es mucho más que una comunidad religiosa. He visto personas unidas por el amor de Dios, capaces de hacer sentir a los demás que tienen un hogar.

Y esa misma experiencia la encuentro hoy en la Iglesia católica universal. Personas de distintos países, culturas y lenguas que, sin embargo, forman una sola familia en Cristo.

Actualmente sigo buscando la manera concreta en la que el Señor quiere que le sirva en Vladivostok. Nuestra parroquia es también un reflejo de esa universalidad de la Iglesia. En ella convivimos personas de Rusia, de países de habla inglesa y de habla española. Cada encuentro me recuerda que Dios habla todos los idiomas del corazón.

Por eso deseo seguir descubriendo cada día más la Caridad del Verbo Hecho Hombre extendida por el mundo entero.

Mirar transforma.

Si estás buscando, recuerda que el Señor también te está buscando a ti. Incluso cuando no lo percibes, Él camina a tu lado.

Ahora mismo no estás solo.

Todos somos parte de su familia.

EN LAS SEGUNDAS OPORTUNIDADES NOS JUGAMOS LA CREDIBILIDAD



Martín Varela

La importancia de las segundas oportunidades en la adolescencia

¿ Realmente nos hemos parado a pensar qué es educar, qué implica educar?

Me atrevería a afirmar que, en pleno siglo XXI, aun disponiendo de un sinfín de recursos y conocimientos, seguimos sin saber realmente qué es esto de educar. No hace mucho leí a un filósofo coreano, Byung-Chul Han, que los tiempos de escasez son, en realidad, los momentos más fértiles para el aprendizaje y el crecimiento de las personas. Sencillamente, porque nuestros esfuerzos y energías se destinan a la búsqueda y al aprovechamiento de los recursos disponibles, sin importar el origen ni el fin para el que fueron creados.

Actualmente, no considero que nos encontremos en esa «era fértil». Vivimos en la era del cortoplacismo, del materialismo y de la abundancia. Una era marcada por la comodidad y las facilidades que, lejos de enriquecernos, pueden empobrecernos como sociedad. En esta dinámica, lo aparentemente útil deja de importar, mientras centramos nuestra energía en detectar aquello que nos molesta para apartarlo de nuestra vida. Ya no buscamos lo que nos

hace crecer; invertimos nuestro potencial en eliminar lo incómodo.

¿Y si esto también estuviera empobreciendo la forma en que ejercemos nuestro papel como padres?

Cada vez es más habitual escuchar elogios hacia modelos de crianza rígidos e inflexibles. Esta tendencia no es casual; responde a ese movimiento pendular propio de toda dinámica social, política y cultural. Cuando empiezan a aparecer conductas disruptivas en nuestros hijos adolescentes, es prácticamente inevitable activar recursos orientados a extinguirlas. Y es ahí donde ponemos en riesgo el verdadero sentido de la relación filio-parental.

La vulnerabilidad de un bebé nos empuja a buscar constantemente opciones y posibilidades: estamos en los tiempos de escasez. Sin embargo, cuando llega la adolescencia, entramos en la etapa de la abundancia. La vulnerabilidad deja de ser evidente y, con ella, parece desaparecer también nuestra necesidad de comprender.

En este momento es habitual que aparezcan sentimientos de culpa o remordimiento por haber «dado demasiado» en etapas anteriores.

Y, desde ahí, nos exponemos a construir una relación filtrada, en la que intentamos corregir de forma abrupta aquello que no se trabajó antes.





Una misión clara: preparar a nuestros hijos para un futuro incierto

Los adolescentes cargan, muchas veces, con errores del pasado que nunca fueron intencionados. Empezamos a pensar que merecen menos, cuando en realidad siguen necesitando todo. Si un bebé se cae tres veces, lo levantamos cuatro. Si un adolescente se cae una vez, le decimos que nunca debió caminar. Y eso no es educación.

La edad no debería engañarnos. El desarrollo físico tampoco.

No hace mucho, en mi escuela de familias, Una Parada, vimos un vídeo (Stronger Stuff) en el que un niño, tras jugar con el aceite del coche, intentó limpiarse solo para que no lo descubrieran. El intento fue un desastre: el baño quedó completamente destrozado. Asustado, llamó a su padre. Y, en contra de lo que muchos podríamos imaginar, el padre no lo castigó ni lo reprendió agresivamente. Lo abrazó, le habló con calma y le ayudó a limpiar.

La adolescencia está llena de momentos como ese. Momentos en los que nuestros hijos —ya no tan pequeños— «juegan con el aceite» y se dan cuenta demasiado tarde de que no debieron hacerlo.

¿Sabéis cuál fue la mayor preocupación de los padres en esa sesión? Probablemente muchos de los que leéis estas líneas lo habréis pensado:

«Sí, en lugar de reñirle, lo abrazo, mañana repetirá la conducta».

No juzgo a nadie. Tampoco culpo. Ese miedo forma parte de ser padres. Pero olvidamos algo esencial: desde el momento en que nace nuestro primer hijo, comienza una batalla constante entre el miedo y el deber. Una batalla sin fecha de caducidad.

¿Por qué, entonces, decidimos ponerle fecha de caducidad justo en la adolescencia? Precisamente en la etapa en la que más nos necesitan.

Hay una capacidad que estamos perdiendo en esta «era de la abundancia», y es el sexto sentido de los padres: la capacidad de observar de verdad a nuestros hijos, de entender qué necesitan y cómo lo necesitan.

Este «sexto sentido» se entrena desde el vínculo, desde el amor y desde una misión clara: preparar a nuestros hijos para un futuro incierto, ayudándoles a ser autónomos, a tomar decisiones y a sostenerse en ellas.

Sin embargo, la sobreabundancia de «gurús», recetas mágicas, herramientas supuestamente infalibles y etiquetas clínicas nos está alejando de esa esencia. Dejamos de actuar como padres para empezar a ejecutar estrategias. Y, aunque a veces funcionen, ¿qué pasa con el vínculo? ¿Qué pasa con esa relación que no solo corrige, sino que construye?

La próxima vez que tu hijo o hija adolescente «juegue con el aceite», no tengas miedo. Entiende que, muchas veces, las segundas oportunidades no son un riesgo, sino la tierra fértil donde realmente ocurre el aprendizaje.



FRATERNIDAD



Hna. Doribel Matamoros

TODO DESDE LA FRATERNIDAD

Cuando la casa vuelve a ser hogar

Que todos sean uno como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado.» (Jn 17, 21)

Hay una pregunta que no se formula en voz alta, pero que late debajo de muchas conversaciones, de muchas miradas cruzadas en el pasillo, de muchos silencios en la mesa compartida: ¿somos comunidad, o simplemente personas que comparten un techo?

No es una pregunta cruel. Es, quizás, la más honesta que podemos hacernos. Y el XXXI Capítulo General la puso sobre la mesa con una claridad que duele y que libera al mismo tiempo, cuando nos convocó a releerlo toda la misión, el testimonio, la vida entera, todo desde la fraternidad.

Pero antes de hablar del Capítulo, hay que hablar de algo más hondo. Porque la fraternidad no es, para nosotras, un valor entre otros ni un tema de reflexión periódica. Es la entraña misma de lo que somos, de lo que vivimos.

La Congregación nació como Hermandad de la Caridad. No es un dato histórico decorativo: es un origen que define. La primera exigencia de la Caridad ese carisma con el que el Espíritu nos ha sellado, es vivir el amor cuya consecuencia natural, necesaria, inevitable, es la fraternidad (CC. 1805). No podemos tener una sin la otra. No podemos anunciar la Caridad de Dios desde comunidades que no se aman de verdad.

Por eso las Constituciones lo dicen sin rodeos: «Por ser la Caridad el carisma de la Congregación, es el vínculo más profundo que realiza la fraternidad» (CC. 1824). Y añaden, con una lógica que se sostiene sola: «La vida en comunidad potencia la misión, y ésta hace crecer la fraternidad» (CC. 66). Un círculo que solo se mantiene vivo si en su centro hay una hoguera encendida.

El Papa Francisco lo confirmó con su estilo directo cuando recordó a los consagrados que «donde hay religiosos, hay alegría». No como eslogan, sino como desafío: estamos llamadas a demostrar

que Dios es capaz de colmar nuestros corazones y hacernos felices, sin necesidad de buscar la felicidad en otro lado. Que la fraternidad auténtica alimenta la alegría. Que la entrega nos realiza como personas. Si eso no se ve en nosotras, el anuncio pierde credibilidad antes de comenzar.

Y, sin embargo, la pregunta sigue ahí, incómoda y necesaria: ¿hemos dejado que nuestra fraternidad se vaya convirtiendo, poco a poco, en algo más parecido a una convivencia organizada que a una comunión real?

El mismo Francisco, con esa valentía que tenía para decir lo que todos intuyen, pero pocos nombran, señaló que es necesario aligerar las estructuras, liberarlas del peso de lo que fue, pero ya no vive, para que puedan responder a lo que el Espíritu pide hoy. No hablaba solo de casas o de obras. Hablaba de algo más hondo: de las estructuras interiores que construimos dentro de la comunidad y que, sin que nos demos cuenta, se van endureciendo hasta volverse cáscara sin pulpa, forma sin alma.

Me atrevo a afirmar que una comunidad puede tener horarios perfectos, reuniones frecuentes, proyectos en marcha y al mismo tiempo estar vacía por dentro. Puede cumplir todas las normas en la convivencia y, sin embargo, sus miembros no encontrarse de verdad. La psicología menciona y reconoce que el ser humano puede compartir un mismo te-

cho durante años y permanecer profundamente solo. No porque falte buena voluntad, sino porque nadie se ha atrevido a cruzar el umbral donde empieza la verdad de la comunión y de la profundidad del vínculo comunitario.

Eso es lo que Francisco llamaba la cultura de lo fragmentario y lo provisional esa manera de vivir a la carta eligiendo lo que resulta cómodo, evitando lo que cuesta, consumiendo incluso la vida comunitaria en lugar de habitarla. Y cuando eso ocurre, los síntomas no tardan en aparecer. La rutina que apaga el fuego. El cansancio que se convierte en distancia. La división que se disfraza de diferencia irreconciliable e invisible.

¿Podemos seguir llamándonos comunidad si convivimos sin encontrarnos? ¿Podemos hablar de misión si el fuego se ha apagado entre nosotras? Hablar de fraternidad hoy no es hablar de algo cómodo. Es hablar de lo más difícil y, al mismo tiempo, de lo más urgente.

La psicología social de los grupos nos enseña que toda comunidad humana atraviesa fases. Hay un primer momento de entusiasmo y seducción. Luego viene la crisis el instante en que el otro deja de ser el espejo de mis expectativas y se revela en su alteridad real, con sus aristas, sus miedos, sus maneras distintas de amar y de sufrir. Ahí es donde muchas comunidades se rompen, o simplemente se anestesian.



Jean Vanier, que pasó su vida entera tejiendo fraternidad con personas vulnerables, lo sabía bien: la comunidad verdadera nace justo donde uno esperaba que terminara. Nace en el momento del desencanto, cuando uno se pregunta si todo esto tiene sentido, y en lugar de huir, decide quedarse. No porque sea un héroe, sino porque algo, Alguien, lo sostiene desde dentro.

Ese quedarse no es resignación. Es elección pascual. Es el paso, vivido en lo pequeño y cotidiano, es apostar por la otra cuando la sociedad actual no lo considera posible, de la comunidad para mí a yo para la comunidad. Un paso que nadie puede dar por nosotras, y que a veces cuesta más que cualquier sacrificio visible.

Para ello hay que empezar por la honestidad con una misma reconocer las heridas propias que no han sanado, los miedos que generan distancia, los mecanismos de defensa que construimos para no volver a ser heridas.

Artesanas, no turistas de la fraternidad. Hay una diferencia fundamental entre quien consume y quien crea. El consumidor llega, toma lo que le conviene y se va. La artesana se sienta, mira la materia con paciencia, siente su textura, trabaja con ella el tiempo que haga falta. La fraternidad se teje, no se compra. Y para tejerla hay que estar dispuesta a sostener el hilo incluso cuando duelen los dedos.

Implica aprender a escuchar de otra manera: no para responder, no para clasificar, no para juzgar, sino para dejar que el otro aterrice en mí, que su realidad me cambie algo por dentro. La escucha empática que reclama hoy la psicología relacional no es una técnica. Es una forma de amor. Y es exactamente lo que San

Pablo tenía en mente cuando escribía a los Colosenses: «revestíos de ternura entrañable, de humildad, sencillez, tolerancia; conllevaos mutuamente y perdonaos» (Col 3, 12-13). No es espiritualidad blanda. Es el programa más exigente que existe.

A manera de conclusión cierro esta reflexión e interpelación haciendo mención del horizonte inspirador de la CLAR en América Latina cuando nos dice con precisión lo que soñamos: hacer de nuestras comunidades casa de encuentro, comunidad de amor y corazón de humanidad. Tres imágenes que no son tres ideas separadas, sino tres dimensiones de una misma realidad viva. No olvidemos también que somos llamadas desde nuestras Constituciones a soñar con comunidades donde se pueda decir de nosotras, como de los primeros cristianos, que «tenían un solo corazón y una sola alma» (CC. 67). No como ideal nostálgico, sino como norte real que orienta cada día. El corazón de la misión pasa por ahí: no por tener más proyectos, sino por ser más verdaderas; no por hacer más cosas juntas, sino por encontrarnos de verdad en las que ya hacemos.

Esta reflexión no quiere ser solo el eco de un Capítulo que dura lo que dura el entusiasmo de los primeros meses. Quiere ser interpelación duradera, apuesta diaria, el lugar donde encontramos a Dios, a los demás y, al final, a nosotras mismas. Porque la vida en comunidad potencia la misión, y la misión hace crecer la fraternidad. Este círculo solo se mantiene vivo si en su centro hay una hoguera encendida.

La casa puede volver a ser hogar. Solo hace falta que alguien se atreva a encender la lumbre.

ALZAR LA MIRADA

Una peregrinación que comenzó mucho antes de subir al autobús

Hay experiencias que comienzan mucho antes del día señalado. No empiezan cuando el autobús arranca ni cuando se llega al destino, sino cuando una llamada despierta una ilusión y pone en marcha un camino. Así comenzó la peregrinación diocesana para participar en la visita apostólica del Papa León XIV a Madrid.

Semanas antes de que la visita fuera anunciada oficialmente, nuestro arzobispo, don Carlos, animó a comenzar los preparativos, reservar autobuses y ofrecer a todas las parroquias, comunidades y fieles de la Archidiócesis de Zaragoza la posibilidad de participar juntos en este encuentro con el Santo Padre. Había incertidumbre, apenas algunas informaciones iniciales y muchas preguntas por resolver, pero existía la convicción de que merecía la pena hacer todo lo posible para que quienes lo desearan pudieran vivir este acontecimiento eclesial.

Desde el primer momento convivieron dos sentimientos. Por una parte, una enorme ilusión. La posibilidad de participar en una visita del Papa despertó inmediatamente un recuerdo muy profundo que permanece grabado en mi corazón. Con apenas diez años tuve la oportunidad de asistir, junto a mi madre y mi abuela, a una de las celebraciones presididas por san Juan Pablo II durante su visita a Chile. Eran años de una gran tensión social y política. Las calles re-



Raquel Martínez Andrés.
Coordinadora de Pastoral
de la Diócesis de Zaragoza

flejaban la incertidumbre de un país que comenzaba a vislumbrar el camino hacia la democracia. Sin embargo, lo que permanece vivo en mi memoria no son los disturbios ni la presencia militar, sino la paz que transmitía aquel hombre vestido de blanco y el descubrimiento, siendo todavía una niña, de que la Iglesia podía reunir a un pueblo entero alrededor de la esperanza.

Ese recuerdo volvió con fuerza durante toda la preparación de esta nueva peregrinación.

Junto a esa ilusión apareció también la responsabilidad que suponía organizar una peregrinación de estas dimensiones. Todo hubo de prepararse en muy poco tiempo. La información llegaba poco a poco y la organización exigía coordinar inscripciones, acreditaciones, plataformas digitales, códigos QR, listados y continuos cambios en los accesos previstos para Madrid. La mayor preocupación era muy sencilla: que ninguna persona pudiera quedarse sin participar por un error organizativo.

Pero, conforme pasaban los días, las dificultades fueron dejando paso a una alegría creciente. Las inscripciones comenzaron a llegar desde parroquias y comunidades muy diversas. Se fueron sumando grupos parroquiales, numerosas personas de comunidades latinas, miembros de la comunidad china de San Valero, fieles de distintos barrios de Zaragoza y también personas procedentes de parroquias del mundo rural y miembros de comunidades religiosas. Poco a poco se completaron los cinco autobuses que partirían hacia Madrid, reflejando el deseo compartido de vivir juntos un acontecimiento que muchos intuíamos que sería inolvidable.

Cada nueva inscripción era una pequeña alegría. Los mensajes de WhatsApp transmitían siempre la misma emoción: la de quien sabe que hay ocasiones que difícilmente vuelven a repetirse y no quiere dejar pasar la oportunidad de vivirlas.

También fue emocionante descubrir cómo cada peregrino preparaba el viaje de una manera distinta. Algunos hablaban del bocadillo, del sombrero o de la crema solar; otros compartían que estaban preparando también el corazón, acercándose al sacramento de la reconciliación, intensificando la oración o dejándose acompañar por el himno de la peregrinación, que invitaba constantemente a levantar la mirada hacia Cristo. Poco a poco fuimos comprendiendo que la preparación más importante no era la logística, sino la interior.

Finalmente, la noche del 6 de junio, los cinco autobuses emprendieron camino hacia Madrid. Nos esperaba una jornada muy larga. Salíamos con la incertidumbre propia de quien desconoce cómo encontrará una ciudad preparada para acoger a cientos de miles de peregrinos, pero también con la serenidad de quien sabe que emprende una auténtica peregrinación.

Fotografía original de Elena Vela Lizabe



Durante el viaje seguíamos muy de cerca las primeras intervenciones públicas del Papa León XIV. Sus palabras hablaban continuamente de encuentro, reconciliación y paz. Invitaba a no dejarnos arrastrar por la confrontación que tantas veces divide a nuestra sociedad, sino a construir puentes, caminar unos junto a otros y descubrir que la verdadera seguridad nace cuando aprendemos a reconocernos hermanos. En sus encuentros con Cáritas recordaba la importancia de mirar a los ojos de quien sufre, y a los jóvenes les animaba a ser personas auténticas, capaces de transformar el mundo desde la sencillez de la vida cotidiana.

Aquellas ideas nos acompañaron durante todo el camino. No viajábamos simplemente para ver al Papa. Viajábamos para vivir la alegría de sentirnos Iglesia universal, reunida alrededor del Sucesor de Pedro y llamada a renovar nuestra fe en la solemnidad del Corpus Christi.

La llegada a Madrid fue intensa. Miles de personas caminaban hacia un mismo destino. Calles cortadas, controles de acceso, largas caminatas y una organización necesariamente compleja para un acontecimiento de semejantes dimensiones. Sin embargo, por encima de todo destacaba el ambiente de serenidad, respeto y fraternidad que se respiraba entre los peregrinos.

Hay un momento que guardo de manera muy especial y que únicamente puedo contar desde mi propia experiencia.

Durante la celebración de la Eucaristía experimenté una paz que no nacía de mí. Conociéndome, sé que aquello no respondía a mi forma habitual de vivir las responsabilidades. Permanecía muy presente la preocupación por el momento posterior, por reencontrar a las personas del grupo que habían quedado distribui-

das en distintos sectores y por asegurar que el regreso transcurriera con normalidad. Sin embargo, cuando comenzó la celebración, todas esas inquietudes fueron quedando en un segundo plano.

Pude vivir profundamente la Eucaristía, con un intenso sentimiento de comunión con todo el Pueblo de Dios reunido en torno al Señor en la solemnidad del Corpus Christi. Entre cientos de miles de peregrinos experimenté una serenidad que no dependía de las circunstancias, sino que percibí como un verdadero regalo del Señor.

Precisamente porque conozco mis propios nervios y mi manera de afrontar la responsabilidad, puedo afirmar con humildad que aquella paz no era mía. Fue un don que el Señor quiso regalarme para que, por encima de toda la organización, pudiera vivir plenamente el verdadero sentido de la peregrinación: encontrarme con Él, celebrar la Eucaristía y sentirme parte de la Iglesia universal reunida alrededor del Sucesor de Pedro.

Poco después, el paso del Papamóvil junto a nuestra zona despertó una inmensa alegría. Bastó un gesto de cercanía y una bendición para que el corazón se llenara de gratitud.

La homilía terminó de dar sentido a todo lo que estábamos viviendo. La Eucaristía aparecía como alimento para quienes desean construir un mundo más justo y más fraterno; una invitación a que la adoración al Señor se traduzca siempre en amor concreto hacia los hermanos, especialmente hacia quienes más sufren. Mientras la procesión recorría las calles de Madrid, con el Santísimo Sacramento atravesando la ciudad, era imposible no pensar que Cristo sigue queriendo caminar hoy por nuestras plazas, visitar

“

Miles de personas permanecían en silencio, rezaban, cantaban o simplemente contemplaban



Fotografía original de Elena Vela Lizabe

nuestros barrios y hacerse presente en la vida cotidiana de las personas.

A pesar del calor, de las largas horas de espera y del cansancio acumulado, el ambiente era extraordinariamente sereno. Miles de personas permanecían en silencio, rezaban, cantaban o simplemente contemplaban. Era un silencio lleno de fe, de esos que hablan mucho más que las palabras.

El regreso tuvo un sabor distinto. Compartimos risas, impresiones, fotografías y también silencios.

Hubo tiempo para descansar, rezar el rosario, conversar y dejar que cada uno fuera poniendo nombre a lo vivido.

Hoy, al volver la vista atrás, estoy convencida de que esta peregrinación ha sido mucho más que un viaje. Ha sido una experiencia de Iglesia. Una experiencia que ha demostrado que sigue existiendo un profundo deseo de caminar juntos, de encontrarnos con Cristo y de sentirnos parte de una comunidad mucho más grande que nuestras propias parroquias o realidades.

Me queda grabado el rostro sereno del Papa León XIV, su llamada constante a construir una cultura del encuentro y su invitación a ser hombres y mujeres de paz, capaces de mirar a los demás con esperanza, de escuchar antes de juzgar y de vivir una fe comprometida con la realidad de nuestro mundo.

Quizá eso sea, en el fondo, alzar la mirada. Levantarla hacia Cristo para descubrir que, cuando Él ocupa el centro, también aprendemos a mirar de otra manera a quienes caminan a nuestro lado.

“EL CAMPING”

Empoderar desde la televisión

MISIÓN



Mariano Mejías
Periodista y director
de “El Camping”

Exalumno del colegio
Santa Ana de Sevilla

Mi peor momento cuando arranqué este proyecto fue, sin duda, cuando una responsable de comunicación de una importante fundación en pro de las personas con discapacidad me dijo mirándome a los ojos: “Lo que quieres hacer es imposible: no vas a ser capaz de sacarle a una persona con síndrome de Down una entrevista que sea de interés para el público general”. Digo el pecado, pero no el pecador: entre otras cuestiones, porque no quiero dejar a esta persona en peor lugar del que ya quedó en aquel momento... Y porque entiendo que ya tuvo una buena ración de karma cuando descubrió que sí, que fue posible.

He tenido la gran suerte en mi vida (la cual todavía considero corta) de poder cumplir muchos sueños a nivel profesional: estudiar y licenciarme en Periodismo, ser parte de un telediario, poder especializarme en televisión, trabajar en un programa de viajes que me permitió dar más de cuatro vueltas al mundo, dirigir concursos de preguntas o realities con medio centenar de pruebas... ¡E incluso crear programas y que algunos se pudieran materializar! Pero había un proyecto que, des-

Foto de familia del equipo del programa “El Camping”



de el primer momento, queríamos hacer, y que cada cierto tiempo nos decíamos mutuamente aquello de “¡Ojalá salga!”.

Mi interlocutor era (y sigue siendo a día de hoy) mi jefe, Manuel Rodríguez; que más que jefe es amigo después de tanto tiempo de luchas compartidas. Y el proyecto al que nos referíamos se llamaba “El Camping”: una experiencia social, narrada en clave de docu reality, en la que un grupo de jóvenes adultos con síndrome de Down ponían a punto un camping realizando trabajos para la comunidad mientras convivían en él; junto con un personaje famoso que ejercía de narrador y anfitrión. Porque, además de trabajar, también queríamos pasarlo bien haciendo actividades de todo tipo y conocerles a ellos generando momentos de debate; para así también poder acercar a los espectadores sus historias y divulgar lo que es el día a día de las personas con discapacidad. El “¡Ojalá salga!” se repetía cada vez que había una reunión con una cadena de televisión y esta podía interesarse en él para su producción: sabíamos que era un proyecto tan especial que queríamos hacerlo.

Hasta que llegó el día: Telemadrid, la cadena de televisión autonómica de la Comunidad de Madrid (España), decidió apostar por el programa (dándonos, todo sea dicho de paso, absoluta libertad). Hemos tenido a seis protagonistas increíbles: Lucía, Álvaro, Irene, Kocus, Cristina y Emilio; que decidieron dar un paso al frente y vivir con nosotros una aventura en la que tuvimos a una anfitriona inigualable: la actriz Elena Furiase.

En diez días de convivencia, que dieron como resultado nueve programas, no sólo estuvieron ellos: para poner bonitas las instalaciones también contamos el

resto de clientes del camping, contamos con visitas inesperadas de personajes famosos y con personas con otros tipos de discapacidades reconocidas (asperger, trastorno del espectro autista, síndrome X frágil, etc.); a la par que hemos dado visibilidad a fenómenos como el mosaicismo en el síndrome de Down.

A todos les hemos escuchado. Porque el cambio de actitud en la sociedad empieza por ver a la persona, y no prejuiciarla por su discapacidad. Es reconocer que Álvaro, como todo chaval con veintitantos, quiere salir de fiesta y tomarse unas copitas; que Lucía quería sacarse el carné de conducir; que a Emilio le joroba que se refieran a él diciéndole que es “un niño” cuando tiene 33 años; que Cristina no tenía por qué haber sufrido bullying en Primaria (ni ella, ni nadie); que Irene quiere poder equivocarse como todo hijo de vecino sin que sea un drama; que Kocus tiene miedo a los prejuicios de sus vecinos cuando pueda independizarse o que nunca debió cruzarse con un sacerdote que no le dejó hacer su Primera Comunión (y tuvo que irse a otra parroquia). Si con alguno de nuestros debates hemos conseguido cambiar la mirada de los espectadores, creo que la misión ha estado más que cumplida.

Soy muy feliz de poder decir, ahora, que el programa no sólo ha cubierto nuestras expectativas: las ha superado con creces. El camino ha sido duro: sabíamos que queríamos narrar la discapacidad sin caer en clichés, queríamos contar el enfoque desde la propia cooperación que genera el trabajar como iguales... En nuestro camino encontramos a la Fundación Amás, que nos asesoró en todo momento a través de su proyecto Amás Escena; con el que fomenta la incursión de las personas



Lucía, Irene, Emilio, Cristina, Álvaro y Kocus - protagonistas - junto a la presentadora, Elena Furiase

con discapacidad en las Artes Escénicas y en el Audiovisual.

Tuve suerte de estar acompañado en la dirección por mi compañero Carlos Herrero, que me recordó que nunca se puede contentar a todo el mundo; y que hiciéramos lo que hiciéramos probablemente siempre alguien encontraría el asidero para atacarnos... Pero nunca hice un programa con tan buena crítica, ni un solo hater. Puede ser que algo hiciéramos bien cuando la Federación de Organismos de Radio y Televisiones Autonómicas de España (FORTA) tuvo a bien concedernos este mes de marzo su premio anual “Pello Sarasola” al Mejor Programa del año 2025.

La presencia de las personas con discapacidad, sea del tipo que sea, es un largo camino en el que todavía nos queda mu-

cho por recorrer. Es cierto que en España tuvimos el honor de ser el primer país a nivel mundial en tener a una presentadora de informativos con discapacidad visual, gracias al logro de la periodista sevillana Nuria del Saz en 1998 (a su vez, antigua alumna también del colegio Santa Ana de Sevilla). En la actualidad, la presencia va incrementándose: por ejemplo, programas como “La Revuelta” han naturalizado el entrevistar en horario de máxima audiencia a deportistas paralímpicos (de hecho, el estreno del programa fue con el surfista Aitor Francesena); o la nueva tendencia hacer concursos de preguntas con 100 personas en plató fomenta a que participen concursantes con movilidad reducida. Pero todavía nos queda mucho por avanzar para llegar al nivel de otros países: sin ir más lejos, en Francia, el atleta paralímpico Théo Curin normaliza ante

los espectadores que se puede presentar a diario un concurso de preguntas y respuestas sin necesidad de contar de manos y pies; en el Reino Unido, la cómica con parálisis cerebral Rosie Jones hace lo propio en horario de máxima audiencia, además de hacer monólogos.

Todos los medios deberían hacerlo: no solo porque la presencia de personas con discapacidad entra dentro de lo que conocemos como servicio público, también porque a nivel social es una oportunidad perfecta para el empoderamiento de ellos mismos y sus entornos al verse representados de una forma activa; además de una fantástica ocasión para crear referentes con los que inspirar a más personas. Creo que nosotros hemos sido capaces de poner nuestro granito de arena; creando ese espacio seguro entre todo el equipo de más de 40 personas que ha hecho posible el programa, cargados todos de una buena voluntad que traspasa la pantalla.

Y créanme: le doy las gracias a esa señora que, a pesar del calor del mes de julio del año pasado, me miró fríamente a los ojos para decir que era imposible entrevistar a una persona con síndrome de Down. Su comentario me espoleó para demostrarle que no me equivocaba. Y no le guardo rencor: entendí que, más allá del daño anímico que me generó en ese momento, lo que ocultaba la frase era el absoluto miedo a lo desconocido. El optar por el sacrificio a una nueva oportunidad ante la prioridad de la sobreprotección de las personas de su asociación y sus familias.

Lo respeto. Pero si de algo estoy orgulloso es de saber que todo aquel que vino a nuestro casting lo hizo porque fue su propia decisión; desde un entorno familiar que prioriza su independencia y los

reconoce como adultos en todos los sentidos: sin infantilizarlos, asumiendo que una cuestión de cromosomas no tiene por qué dejarles sin vivir una experiencia. Una libre elección que, por cierto, debe ser fomentada debido a la actual Estrategia Europea sobre los derechos de las personas con discapacidad 2021-2030, que reconoce la igualdad de acceso y no discriminación en materias como la cultura y el ocio. Y el contar con un programa protagonizado por seis personas adultas con discapacidad intelectual que quieren romper clichés es, sin duda, una auténtica victoria.



Manuel Rodríguez y Mariano Mejías, creadores de "El Camping"

Todos los capítulos de "El Camping" pueden verse de forma gratuita desde la web de TeleMadrid.



LA VERDAD COMO BIEN COMÚN EN TIEMPOS DE RUIDO



Pilar Estevan, periodista

**Exalumna del colegio
La Inmaculada de Alcañiz**

Vivimos rodeados de información. Nunca habían circulado tantos mensajes, tan rápido y con tanta facilidad como ahora. Diariamente nos vemos expuestos a noticias, vídeos, opiniones e imágenes que pasan ante nosotros a gran velocidad. Sin embargo, en medio de todo ese flujo, cada vez es más difícil discernir qué es verdad y qué no lo es.

En el contexto actual, los hechos compiten con relatos confeccionados para provocar una reacción concreta e inmediata, desde la desinformación hasta las fake news. Las redes sociales y los algoritmos no diferencian entre contenido verificado y contenido fabricado, de modo que el resultado nos expone a una conversación pública fragmentada, donde distintas versiones de la realidad conviven sin llegar a encontrarse.

En su libro *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt advirtió de un riesgo que hoy mantiene plena vigencia. La manipulación sistemática de la información no busca necesariamente convencer, sino desorientar. No pretende imponer una verdad concreta; lo que busca es debilitar la noción misma de verdad. Y, en este escenario, todos nos volvemos más manipulables. Frente a esta situación, se hace más necesario que nunca recuperar la

verdad como bien común. El periodismo tiene el cometido de contar lo que pasa, aportando contexto, verificando y ayudando a construir un espacio común de comprensión que permita la convivencia y la paz social.

Las historias detrás de las cifras

Este papel es especialmente relevante cuando se habla de colectivos vulnerables. A menudo, su presencia en los medios tiene una visibilidad intermitente y sesgada que reduce realidades complejas a cifras o a hechos muy puntuales tratados como simples sucesos. La migración es un ejemplo claro.

En lugares como Canarias, las noticias suelen centrarse en los números: cuántas personas llegan, cuántas han sido rescatadas o cuántas embarcaciones se localizan en el trayecto. Son datos necesarios, pero, contados sin contexto, deshumanizan a quienes están detrás de cada cifra y crean una distancia real con el receptor de las noticias. Cada llegada es una historia personal, una biografía marcada por decisiones difíciles, despedidas, incertidumbre y también esperanza. Solo cuando el periodismo se detiene a escuchar, el fenómeno deja de ser abstracto y nos traspasa.



Llegada de pateras a Lanzarote. Foto: Adriel Perdomo

Fronteras como espacio de encuentro

En el mapa, Canarias está muy cerca de África. La distancia es corta si se mide en kilómetros, pero, para quienes realizan la travesía, puede representar el paso entre la vida y la muerte.

El viaje puede durar varios días en mar abierto, con suerte. Y mientras los más afortunados nos desplazamos en avión, en un par de horas, para hacer turismo, otros lo hacen a bordo de embarcaciones precarias, arriesgándolo todo con la esperanza de alcanzar una vida más digna.

Vivimos en un mundo globalizado, pero esa globalización es desigual. No se han equiparado las condiciones de vida, ni el acceso a los recursos, ni las oportunidades. Sí se han globalizado, en cambio, las pantallas. A través de los dispositivos móviles, millones de personas pueden ver cómo se vive en otros lugares del mundo, comparar realidades y construir aspiraciones. Es ahí donde nace, muchas veces, el deseo de partir, alimentado por

imágenes de bienestar que contrastan con la falta de opciones en origen.

Cabe recordar que, en muchas zonas de África Occidental, la pesca, que durante generaciones ha sostenido a comunidades enteras, se ha vuelto cada vez más difícil. La presión de países externos sobre los recursos, la presencia de grandes flotas internacionales y los cambios económicos han alterado ese equilibrio. En ese contexto, migrar deja de ser solo una decisión individual. Sin embargo, esa parte de la historia rara vez aparece en los titulares que se escriben cuando el cayuco llega.

Por otra parte, Canarias ha mantenido relaciones comerciales con la otra orilla durante siglos. Recordar esa conexión ayuda a entender que la frontera no es solo un límite, sino también un espacio de encuentro y cooperación. Más allá de lo económico, esta relación también puede pensarse desde una lógica más amplia. Y precisamente aquí tienen mucho

sentido las conclusiones de los estudios científicos abordados por la microbióloga Lynn Margulis: «La vida no conquistó el planeta mediante combates, sino gracias a la cooperación». Esta afirmación, aplicada a la organización de las sociedades humanas, sugiere que los equilibrios más duraderos no se construyen desde la confrontación constante, sino desde la interdependencia. Y esto es algo que, en un mundo cada vez más fragmentado, adquiere un significado muy poderoso, especialmente en la forma en que contamos lo que ocurre.

La información no es gratuita

El periodismo tiene un compromiso ético. Situar esas historias más allá de los episodios de emergencia permite construir una visión más completa. Sin embargo, no siempre se dan las condiciones para desarrollar esta labor. La realidad es que el ejercicio profesional del periodismo es muy precario. Las redacciones son cada vez más pequeñas y cuentan con menos recursos. Los tiempos apremian, la competencia es voraz y parece que lo único que importa es alcanzar el mayor número de clics a cualquier precio para conseguir mantener a flote empresas que deben rendir cuentas a quienes las financian.

Y aquí es donde está la clave.

Para empezar, conviene diferenciar entre medios de comunicación y periodistas. Algo obvio, pero que parece no estar tan claro cuando se habla de libertad de prensa o de manipulación informativa. Los medios son empresas que operan dentro de un sistema económico, mientras que los periodistas son profesionales, a menudo vocacionales, que trabajan dentro de esas estructuras.

A ello se suma la crisis del modelo económico del periodismo. Durante años se ha asumido que la información en internet debe ser gratuita, pero la realidad es que producirla requiere recursos y, si hablamos de investigación o de profundización en historias complejas, el asunto es aún más complicado. Lo cierto es que, cuando los lectores no financian ese trabajo, lo hacen otros actores. ¿Y quiénes son? Marcas, empresas, ideologías... quienes más pueden y quienes más intereses tienen. Llegados a este punto, nos enfrentamos a la tormenta perfecta: la información y los contenidos que circulan responden a estrategias diseñadas con objetivos determinados.

Esta es la paradoja: cuanto más necesario es el periodismo, más inestable es el sistema que lo sostiene.

Un espacio común que hay que cuidar

A pesar de todo, el periodismo sigue siendo una de las pocas herramientas dedicadas a observar la realidad con rigor y a explicarla. Y, afortunadamente, es una profesión vocacional que cuenta con personas apasionadas y defensoras de la verdad y de las partes más débiles del sistema. Son, generalmente, profesionales que aman contar historias humanas y consideran la información como un bien común que hay que cuidar entre todos.

La economista Elinor Ostrom demostró que los bienes comunes solo se mantienen cuando existe una responsabilidad colectiva sobre ellos. Trasladada al ámbito informativo, esta idea sugiere que la verdad no es solo un producto, sino un recurso compartido que necesita ser cuidado.

En un tiempo de ruido y fragmentación, proteger ese espacio común es una de las formas más necesarias de sostener la convivencia y el amor.

LAS HUELLAS DE UN VOLUNTARIADO EN TELA, HONDURAS

Lucrecia Ramírez Córdoba

Trabajar como voluntaria es complejo de describir y más aún, de evaluar. ¿Cómo se materializa el legado que se deja al cabo de horas y horas incansables de trabajo? ¿Con el recuento de productos inmediatos? ¿Con el inventario de logros alcanzados a mediano o largo plazo? El voluntariado no solo materializa obras y beneficios concretos, porque va mucho más allá del hacer o del realizar dentro de un determinado activismo, por muy fecundo que sea. Y porque a veces, también, trasciende al grupo humano que se había definido como objeto del aporte y a los tiempos mismos en los que se planificó o hizo la colaboración. De ahí que las huellas más significativas e indelebles del servicio a los demás, radican en el disfrute compartido y en esos instantes de felicidad íntima, absolutamente imponderables.

Desde hace años, soy voluntaria en diversos proyectos de la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana y de la Fundación Juan Bonal, tanto en Costa Rica como en algunos países centroamericanos. Ha sido una de las experiencias que me han brindado aprendizajes de un enorme valor y me han ofrecido

esos momentos de alegría profunda que dejan huellas imborrables.

En los últimos dos años, he realizado el voluntariado en Tela, Honduras, desarrollando talleres de cocina para mujeres, cuyo objetivo es el de propiciar emprendimiento que les ayude en su economía familiar. Al inicio, el proyecto llevaba un norte. Y ahí fue mi primer aprendizaje: ¿podemos alcanzar todo lo planeado, de la A a la Z? No. Hasta conocer a la población, su forma de vida, su idiosincrasia, su historia y entorno, nos damos cuenta si el plan es viable.

Aquí es donde es clave la capacidad para ajustar, modificar, replantear, con cierta creatividad. ¿Es válido? Sí. De aquel taller de cocina planificado en el escritorio, me tocó saltar al fogón de mi familia y compartir las recetas de mi madre y mis tías más longevas, que permanecían en mis recuerdos de niña y al taller se sumaron las tradiciones y memorias de las participantes, dejando de aquel taller planificado al inicio, unos pocos ingredientes. Fue un aprendizaje mutuo, un auténtico interaprendizaje, del que surgirían otros talleres de producción compartida como el de panadería, repostería, lustres, pizzería, mesas dulces, mesas saladas, entre otras recuperaciones e innovaciones.

Aprendimos todas, haciendo, disfrutando, compartiendo, condimentando con experiencias y anécdotas, en los sólidos tazones en los que se anudan los vínculos de amistad y solidaridad. Estos talleres derivaron en nuevos espacios, como el de repostería para un grupo de niños becados por la Fundación Juan Bonal, con el mismo modelo. Sin embargo, esta cadena de intereses y acciones no se detuvo ahí. Por el cruce de ideas, necesidades, inquietudes y ocurrencias, surgió un nuevo proyecto: capacitaciones sobre el tema de las neurodivergencias.

Esta nueva experiencia tuvo como objetivo reconocer las características, las fortalezas, la forma de funcionamiento, de las personas neurodivergentes que permitieran reconfigurar las relaciones al interior de los grupos familiares. Al mismo tiempo se promocionó una nueva forma de trabajo en los centros educativos.

La respuesta fue más allá de lo imaginado. Varias instituciones solicitaron las charlas para su personal y en la Comunidad Religiosa organizamos más encuentros con las familias interesadas. Gracias a este proyecto, se sembró una semilla para lograr un cambio positivo para la niñez neurodivergente. Se sumó la colaboración de varias instituciones y el compromiso del periodismo local. Todos estos granitos de arena produjeron cambios y producirán más todavía con el paso del tiempo.

Gracias al liderazgo y solidaridad de las Hermanas de la Congregación de Santa Ana, así como de la Fundación Juan Bonal, ha quedado un aporte en Tela, como semillas sembradas en plena germinación. ¿Acaso no es así como crece un

bosque? De semilla en semilla, ¿no es así como surge una exuberante selva?

Y he aquí el producto del Voluntariado: esas huellas indelebles que dan testimonio de la profunda alegría que se desprende del deber cumplido.



Los Ángeles del Tukuko, Sierra de Perijá

EL PERFUME DE LA TIERRA



Paulino Armato Mike



Identidad y vocación

¿Podrías contarnos quién eres, de qué pueblo indígena provienes y qué te motivó a estudiar medicina?

Me llamo Paulino Armato, me dicen Miki, y vivo en la comunidad de Los Ángeles del Tukuko, en la Sierra de Perijá, una zona que hace frontera con Colombia y Venezuela. El deseo de estudiar medicina surgió al ver que en mi comunidad y en las comunidades de la Sierra de Perijá hay muchísimos niños con muchas enfermedades y no hay pediatras. Hay comunidades que están a 12 horas caminando, así que esos niños no tienen acceso a llegar a un hospital ni a que los vea un pediatra, primero por la parte económica y luego por la distancia y las dificultades del terreno.

¿Qué te motivó a estudiar medicina pensando en el bienestar de tu comunidad indígena?

Lo que me motivó fue el deseo de ayudar, al ver que las Hermanas de Santa Ana crearon un centro de salud en Los Ángeles del Tukuko —que ahora pertenece al Estado— pero todavía faltan especialistas. Quise apoyar desde estudiar medicina y ayudar a mi pueblo.

¿Qué significa para ti estudiar medicina siendo joven y perteneciendo a una comunidad indígena?

Para mí es un reto, porque toda la vida he estado en la comunidad. Estudié en el colegio Sagrada Familia de las hermanas y terminé el bachillerato. Ellas me animaron a seguir estudiando porque mis notas eran buenas, y con su ayuda me inscribí y pasé la prueba de acceso a la universidad. Tengo la facilidad de un número determinado de admisión, y al superar la nota, tener todos los papeles y hacer todas las diligencias, aprobé y estoy en la Escuela de Medicina de Machiques.



Paulino y sus compañeros de clase

Fe y espiritualidad

¿Qué papel juega la fe o la espiritualidad en tu vida y en tu decisión de servir a otros a través de la medicina?

Mis padres fueron alumnos en el internado del Colegio de las Hermanas y allí recibieron fe y educación. Mis padres han sido maestros en el Colegio y ahora lo es mi hermana, y en mi casa rezamos. Para mí, Jesús es quien me ayuda: él es mi fortaleza, mi amigo, el que me ayuda, y también mi auxilio en las dificultades.

Desde tu cultura indígena, ¿cómo se entiende la relación entre el ser humano, Dios (o lo sagrado) y la naturaleza?

Nosotros creemos que el jukpa nace del árbol y el árbol tiene muchas ramas que son nuestras mujeres ya que éramos polígamos. Desde la fe que nos transmitieron los misioneros, hemos adquirido unos valores que van cambiando nuestras costumbres.

¿Crees que la fe puede motivar a las personas a cuidar mejor la naturaleza y a los demás?

Sí, la fe y las costumbres. Por ejemplo el pueblo barí tiene por costumbre que cuando las familias van a pescar, solo pueden coger un número determinado de peces, según los miembros de la familia y no pueden coger más. Hay una relación de cuidado común, no puedo coger más de lo que pueda comer en el día.

Medicina y servicio a su comunidad indígena

¿Cuáles son los principales problemas de salud que afectan a tu comunidad?

En las jornadas médicas que hacen las hermanas, en un solo día llegamos a atender a más de 600 niños. A veces en-

contramos mucha desnutrición, problemas de piel, sarna, problemas respiratorios por la quema del bosque y distintas enfermedades propias de la Sierra de Perijá, como las que se derivan de la contaminación de las aguas. Tenemos mucha mortalidad infantil debido al paludismo, al dengue y a los parásitos. También hay enfermedades de transmisión sexual, y mucha pobreza y falta de higiene. Un niño, con apenas unos meses, ya tiene problemas de piel y desnutrición, porque después de la leche materna la alimentación es muy pobre, básicamente a base de hidratos.

¿Cómo crees que la medicina que estás estudiando puede ayudar a mejorar la salud de tu pueblo?

Actualmente el gobierno ha tomado responsabilidad del centro de salud y va enviando médicos al Tukuko, aunque no siempre llegan por dificultades de transporte. Las hermanas también organizan



El transporte del lugar. Paulino volviendo de la finca

jornadas médicas en las que vienen especialistas de pediatría, dermatología y medicina familiar para atender a los niños. Yo quiero sumarme a ese esfuerzo, apoyando desde mi formación como médico. Yo colaboro en las prácticas en el centro de salud y también como traductor en las jornadas médicas.

¿Qué retos existen para llevar atención médica a comunidades indígenas en Venezuela?

Hay comunidades que están a 12 horas caminando, así que los niños no tienen acceso a un hospital ni a un pediatra, por la parte económica y por la distancia y dificultad del terreno. Incluso los médicos que envía el gobierno a veces tienen dificultades para llegar por el transporte.

¿Cómo te gustaría aplicar tus conocimientos médicos cuando regreses a tu comunidad?

Me gustaría enfocarme sobre todo en la prevención: en la higiene, en los cuidados y en ser asertivos con la medicación, porque muchas veces la dejamos a medias —tomamos una o dos pastillas y la abandonamos porque no vemos un efecto rápido, tampoco tenemos suficiente dinero para comprar todo el tratamiento—. También me gustaría ayudar frente al paludismo, el dengue, las enfermedades de transmisión sexual y los problemas de piel y desnutrición que son tan frecuentes en la zona.

Medicina ancestral y curas naturales

En tu comunidad, ¿qué plantas medicinales o remedios naturales se usan con más frecuencia?

Tenemos una compañera de clase cuyo papá vive en una comunidad de la sierra y conoce hierbas; él le está enseñando un



Jukpa

poco sobre las plantas. Hay algunas que se usan para desparasitarnos y otras para la inflamación.

¿Para qué enfermedades o malestares se utilizan esas plantas medicinales?

Principalmente para desparasitarnos y para tratar la inflamación.

¿Quiénes en la comunidad suelen preparar o enseñar el uso de estos remedios naturales (abuelos, curanderos, sabios)?

Hay algunos ancianos sabios, curanderos que trabajan la medicina tradicional y que quieren transmitirla. También hay conocimientos más reservados, que solo se transmiten a personas concretas que van a continuar con esa dedicación y que tienen el don para curar.

¿Qué importancia tiene el conocimiento de los ancianos en la medicina tradicional de tu pueblo?

Es un conocimiento muy valioso, pero se está perdiendo un poco, porque no siempre lo ponemos en práctica. Vivir como se vivía antiguamente, con nuestras tradiciones, no es fácil, y muchas veces uno se queda con lo más fácil.

¿Existen rituales o prácticas espirituales que acompañen las curas naturales?

Tenemos tradiciones muy antiguas: por ejemplo, cuando un niño nace se le da una abeja, y eso significa que ese niño va a ser fuerte y va a ser líder. Hay toda una serie de costumbres de este tipo que se están perdiendo porque ya no las ponemos en práctica.

Integración entre medicina moderna y medicina tradicional

¿Crees que la medicina moderna y la medicina ancestral pueden complementarse? ¿Cómo?

No es fácil, porque el indígena se encuentra en una dificultad: una cosa es lo tradicional y otra lo moderno, y a veces terminamos sin quedarnos del todo con ninguna de las dos. Ahora se está volviendo a valorar lo de antes, pero hemos perdido mucho en el camino y estamos perdiendo parte de nuestra identidad en ese sentido.

¿Qué beneficios crees que tendría integrar los conocimientos científicos con los saberes indígenas?

Sería mantener una cultura, una tradición que cuenta con la sabiduría ancestral y que se complementa hoy con las nuevas técnicas y avances médicos.

Paulino en clase



¿Qué conocimientos de la medicina tradicional te gustaría investigar o preservar como futura médica?

Me gustaría profundizar en los conocimientos de las plantas que se usan para la inflamación y para desparasitarnos, que es lo que nuestra compañera está aprendiendo de su padre, y en general apoyar que esos saberes de los ancianos sabios no se pierdan y a veces son remedios a nuestro alcance. Allí tenemos la arnica sale por todas partes .

Ecología y salud

¿Cómo afecta la pérdida de bosques o de biodiversidad al uso de plantas medicinales en tu comunidad?

En mi comunidad hay una costumbre: cuando hay que sembrar, quemamos el bosque. El problema es que allí no hay bomberos ni límites, y el viento muchas veces esparce el fuego, así que se queman bastantes extensiones. Antes, las sierras alrededor del Tukuko eran bosques llenos de árboles; ahora, al quemar para poder sembrar trigo, plátano, banana u otros cultivos, estamos perdiendo la

zona de bosque y de selva, y con ella se van también las plantas y los animales que allí habitan. De hecho, el jaguar que teníamos en las partes altas del bosque está bajando cada vez más cerca de la población, y en distintos momentos hemos tenido ataques de jaguares en los que ha muerto gente. Muchas plantas tradicionales se están perdiendo por dos razones: porque no hay suficientes jóvenes que aprendan a conocerlas, y porque no las cuidamos ni las valoramos, ya que estamos asumiendo la cultura actual y dejando atrás lo que ha sido tradicional durante tantos años y siglos.

¿Por qué es importante cuidar la naturaleza para poder mantener la medicina natural?

Porque si se pierde el bosque, se pierden también las plantas, y si no hay quien las conozca y las siga enseñando, se pierde el saber junto con ellas. Además, en el Tukuko ya estamos notando el cambio de clima, lo que afecta aún más ese entorno. Cuidar la naturaleza es cuidar la base misma sobre la que se sostiene toda la medicina tradicional.

¿Qué relación ves entre cuidar la tierra y cuidar la salud de las personas?

Creo que hay una interconexión muy fuerte entre todos los seres vivos: somos parte del ecosistema, y cualquier afectación que la persona provoca en el medio, el medio se la devuelve a la persona. Lo estamos viviendo de forma muy concreta: el agua está contaminada, tenemos muchos problemas digestivos, y hay muchísimo dengue y paludismo. Todo esto está afectando nuestra salud, trayendo enfermedad y muerte, y disminuyendo la población indígena. Cuidar la tierra no es algo aparte de cuidar la salud, es lo mis-

mo, porque de la tierra depende directamente nuestra salud.

Futuro y mensaje

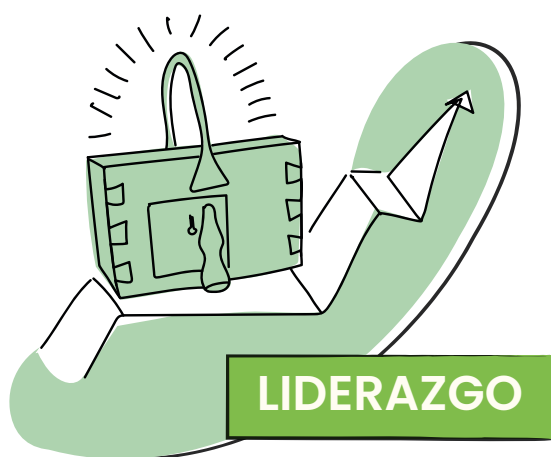
¿Qué sueño tienes como futura médica para tu comunidad indígena?

Mi sueño es poder ayudar a que los niños tengan más recursos y a que se puedan transmitir los conocimientos a los demás. Sobre todo, creo mucho en la atención de prevención: en la higiene, en los cuidados y en ser constantes con la medicación.

¿Qué mensaje darías sobre la importancia de proteger la naturaleza y los conocimientos medicinales ancestrales?

Estamos perdiendo un poco nuestra identidad porque no ponemos en práctica nuestras tradiciones y conocimientos, como las plantas medicinales y las costumbres de nuestros ancianos sabios. También estamos perdiendo el sentido del bien común: antes había comunidades donde lo que se sembraba en un terreno común era para los niños del colegio, y existía la costumbre de pedir permiso antes de quemar el bosque para sembrar; hoy eso se está perdiendo, incluso entre quienes trabajan la tierra, y muchos buscan más el beneficio propio que el de todos. Creo que es importante no dejar que ese saber y esas costumbres se pierdan, y recuperar el sentido de la tierra como una casa común que hay que cuidar entre todos, porque de ella depende también nuestra salud.





COMPONER

Una necesidad interior



Entrevista a Alberto Carretero.
Exalumno del colegio Santa Ana de Sevilla

¿Qué sentido tiene componer en un mundo como el de hoy?

Componer hoy, en un mundo saturado de estímulos, de ruido y de velocidad, no es un gesto ingenuo ni ornamental, sino profundamente necesario. La creación musical sigue siendo, ante todo, una forma de conocimiento: una manera de interrogar la realidad desde lo sonoro, de penetrar en aquello que no puede ser dicho con palabras. En este sentido, componer no responde tanto a una utilidad inmediata como a una necesidad interior, casi ética, de situarse frente al mundo y dialogar con él.

Lejos de entender la música como mero entretenimiento, el acto compositivo se convierte en un espacio de resistencia. En una época dominada por la inmediatez y el consumo rápido, escribir música implica detener el tiempo, generar escucha, abrir una experiencia que exige atención y profundidad. Es, en cierto modo, un acto político: invitar a escuchar es invitar a pensar.

Además, la composición tiene hoy el reto —y la oportunidad— de replantear sus propios límites. Vivimos en

un contexto donde las fronteras entre disciplinas, culturas y lenguajes son cada vez más porosas. Esto permite que el compositor no solo trabaje con sonidos, sino también con conceptos, espacios, tecnologías y contextos sociales. La música deja de ser un objeto cerrado para convertirse en un proceso, en una experiencia compartida.

También hay una dimensión de memoria y de proyección. Componer es dialogar con la tradición, no para repetirla, sino para transformarla y proyectarla hacia el futuro. Es asumir que cada obra se inscribe en una historia, pero también que puede abrir nuevas formas de percepción.

En definitiva, componer hoy tiene sentido precisamente porque el mundo es complejo, contradictorio y cambiante. La música no resuelve esos conflictos, pero los hace audibles, los organiza y los cuestiona. Y en ese gesto, profundamente humano, reside su vigencia.

¿Cuáles son los objetivos de componer?

El objetivo principal de componer no es solo producir obras, sino compartir y comunicar ideas, emociones y preguntas desde la coherencia personal. Se tra-



ta de alinear lo que uno vive, piensa y crea, de modo que la música no sea un discurso vacío, sino la prolongación honesta de una experiencia interior. Desde ahí, la creación adquiere una dimensión ética: no se trata de imponer una voz, sino de hacerla veraz y ofrecerla a los demás.

Me fascina cuando mi trabajo puede resultar inspirador para otras personas, igual que yo me siento inspirado por otras facetas de la vida, que pueden abarcar desde las artes hasta las ciencias, las tecnologías, las humanidades o los asuntos sociales, políticos y económicos, así como las religiones, por citar algunos ejemplos. La música, cuando es auténtica, necesita ir más allá de los pentagramas y abrirse a lo trascendente, superar clichés y abrir espacios donde otros puedan reconocerse, cuestionarse o simplemente detenerse. El compositor no dirige desde la autoridad, sino desde la capacidad de sugerir y despertar.

Hay también un componente investigador, e incluso aventurero en ocasiones, que exige un empeño tanto de quien compone como de quien escucha, en el sentido de explorar caminos que no están previamente definidos. La creación musical propone nuevas formas de percibir y de relacionarse con el mundo, mostrando que el arte puede ser un motor de pensamiento, expresión y transformación.

Lo veo como una forma de servicio y de humanización. Componer es ofrecer un lugar de encuentro, invitar al silencio en medio del ruido, generar escucha, algo que tanto necesitamos en el mundo de hoy para posibi-

litar el diálogo y la resolución de conflictos. En ese gesto, la música recupera algo esencial: su capacidad de conectar a las personas con una dimensión más profunda, sensible y compartida de la experiencia humana.

¿Cómo influye tu experiencia espiritual y tu relación con la creación en el proceso de componer y tocar?

Para mí, la experiencia espiritual no es algo añadido al acto de componer o interpretar, sino el lugar mismo desde el que todo surge. Tiene que ver con situarme en un estado de escucha profunda, donde puedo percibir no solo el sonido, sino también lo que lo rodea, lo que lo precede y lo que lo sostiene. Es una forma de atención y de presencia.

Cuando compongo, intento abrir un espacio sonoro, temporal y espacial en el que las ideas puedan aparecer casi por sí mismas. Hay algo en la creación donde se mezclan la razón y la intuición, y precisamente ahí encuentro su sentido: en esa dimensión de misterio que orienta el proceso, que no siempre puede explicarse mediante argumentos analíticos y racionales; algo de fe, si queremos llamarlo así. La música se convierte, de este modo, en un lugar de mediación, donde lo invisible, lo abstracto y lo complejo encuentran una forma de hacerse presentes. En la creación hay siempre un camino de ida y vuelta entre lo imaginario que se hace real y lo real que se hace imaginario, como diría Luis Cernuda: la realidad y el deseo.

Al interpretar, esa misma actitud se traduce en una relación distinta con el tiempo y con el sonido. Se trata de habitar cada gesto,

cada silencio; de llevar a cabo un proceso de interiorización de la propuesta musical para sostener una experiencia compartida en el momento de la escucha en vivo, que nunca puede ser reemplazada por una grabación. En ese encuentro, la música deja de ser solo un objeto, una partitura o un manual de instrucciones, para convertirse en un espacio vivo de escucha y de profundidad.

¿Qué papel crees que pueden tener la música y el arte hoy para despertar conciencia, cuidar la vida y generar esperanza en un mundo marcado por tantas crisis sociales y ambientales?

Creo que hoy la música y el arte tienen la posibilidad, y quizás la responsabilidad, de reconfigurar nuestra manera de percibir el mundo. No tanto a través de mensajes explícitos, sino generando experiencias que nos desplacen de nuestras inercias, planteen preguntas y abran la mente y los sentidos. En un contexto atravesado por múltiples crisis, el arte puede devolvernos una percepción más atenta, más consciente y reflexiva, a través de la capacidad de emocionarnos y valorar la belleza.

Para mí, cuidar la vida desde la música implica también cuestionar nuestras formas de relación: con el tiempo, con el entorno y con los otros. El sonido tiene una capacidad muy particular para hacernos conscientes de la fragilidad, de lo efímero, pero también de la interdependencia. Escuchar es, en cierto modo, aceptar que no estamos solos.

No concibo la esperanza desde la música y el arte como algo ingenuo o superficial, sino como una práctica que nace de un camino hacia la utopía. La música puede sostener espacios donde esa esperanza se construya desde una experiencia estética común. No se trata de ofrecer respuestas, sino de generar condiciones para transformar.

¿Qué experiencias de vida han marcado más profundamente tu manera de entender la música como servicio, encuentro y hospitalidad hacia los demás?

En mi recorrido, destacaría las experiencias que he tenido en el mundo de la educación desde muy joven. Desde los 21 años, cuando terminé mis estudios, entendí la docencia no como una salida paralela, sino como un núcleo esencial de mi práctica artística e investigadora. Trabajar con jóvenes me ha obligado a replantear constantemente qué significa realmente la música y a proteger su capacidad de cuestionamiento, huyendo de lo evidente y de lo preconcebido. En ese contexto, la enseñanza, especialmente en las artes, se convierte en un acto de servicio, encuentro y hospitalidad: no se trata de transmitir certezas, sino de acompañar procesos, de formar librepensadores capaces de escuchar críticamente el mundo y aportar su visión sobre él.

También han sido fundamentales los proyectos vinculados a la infancia y la juventud, donde la música se convierte en un pórtico de entrada para las nuevas generaciones a una experiencia viva, accesible y compartida. Ahí es donde la idea de hospitalidad cobra sentido: crear espacios que permitan participar y sentirse interpelado. Para ello es necesario un acompañamiento, una pedagogía que haga a los jóvenes más críticos y que les permita no conformarse con los caprichos del mercado.

A esto se suma el trabajo con intérpretes, artistas de otras disciplinas e incluso científicos. Esos encuentros amplían la escucha, expanden los límites y desbordan las fronteras del lenguaje musical, situando la creación en un territorio común.

Todo ello ha configurado mi manera de entender la música como un lugar de acogida y transformación, de reflexión sobre la alteridad.

FAMILIAS POR LA EDUCACIÓN

Proyecto comunitario contra el absentismo y a favor de la educación



Cuca Miranda



Uno de los retos del sistema educativo es garantizar la igualdad de oportunidades para todo el alumnado. Sin embargo, las condiciones de partida no son iguales para todas las familias, por lo que el sistema educativo debe actuar como un sistema compensador que permita reducir las desigualdades existentes. El absentismo escolar continúa siendo una de las principales situaciones de desventaja socioeducativa, afectando directamente a la igualdad de oportunidades del alumnado. No se trata únicamente de un problema educativo, sino de una realidad compleja con componentes sociales, familiares y comunitarios.

Tras la experiencia previa del proyecto San José se mueve, se evidenció que la intervención con familias que ya se encontraban en

situación de absentismo resultaba insuficiente. Es imprescindible un enfoque comunitario que implique a todas las entidades del entorno y, especialmente, a las familias vulnerables como agentes clave en su proceso educativo.

Tras su puesta en marcha en el curso 2023-2024, el proyecto fue evolucionando. La experiencia demostró que el trabajo conjunto con las familias generaba espacios de confianza y participación que iban más allá del propio absentismo.

Por ello, durante el curso 2024-2025, el proyecto dio un paso adelante ampliando su enfoque hacia el trabajo con familias en situación de vulnerabilidad, reforzando su participación activa en encuentros, talleres y actividades comunitarias.

En este proceso, las propias familias participaron en la redefinición del proyecto, proponiendo el cambio de nombre a «Familias por la Educación», reflejando un enfoque más amplio centrado en la participación familiar y en el acompañamiento educativo.

Actualmente, el proyecto se ha consolidado como una iniciativa comunitaria del barrio, en la que participan centros educativos, Servicios Sociales y diversas entidades sociales y educativas, con el objetivo de fortalecer la relación entre familias, escuela y comunidad.

El porcentaje de población extranjera en el barrio es del 17,24 %, superior a la media de Zaragoza (13,42 %).

Determinadas zonas del barrio presentan situaciones de vulnerabilidad socioeconómica, con mayores índices de desempleo, una mayor demanda de atención por parte de los Servicios Sociales y situaciones de riesgo de exclusión social.

Estas circunstancias influyen directamente en el contexto educativo del alumnado y en la relación de algunas familias con los centros educativos.

Este contexto hace necesario un trabajo coordinado y comunitario que dé respuesta a las necesidades detectadas, promoviendo la implicación activa de las familias en la educación de sus hijos e hijas mediante un enfoque comunitario.

El taller propuesto por Marta Fresneda nos permitió salir del barrio de San José, algo que hemos conseguido poco a poco. No es fácil para muchas realidades sociales cruzar las fronteras imaginarias que ponemos de un barrio a otro. A veces, incluso, desconociendo la propia ciudad en la que vivimos.

También agradecemos la acogida y hospitalidad presentes durante toda la mañana, pero especialmente la dinámica de presentación

en grupos pequeños, que permitió crear vínculos de confianza, cariño y una gran motivación para realizar el taller. Mirando a la persona que teníamos enfrente, buscando aquello que la identificaba, para reflejarlo en el colgante que íbamos a realizar.

¡GRACIAS! Por el taller en sí, por la propuesta y por el acercamiento a un material desconocido para muchas personas: el alabastro. GRACIAS a los escultores, Simón y Marta, por vuestra cercanía, dedicación, paciencia, escucha, atención, detenimiento, detalle y cuidado durante la realización del colgante. Gracias por proponernos mirar a la persona que teníamos enfrente, buscar sus gustos y realizar un regalo pensando en ella.

Y GRACIAS por el broche final, con la visita a tu exposición. No solo por entrar al museo de forma gratuita —muchas familias no pueden permitirse ese gasto—, sino por la explicación emotiva de tu arte, creado con materiales reciclados, plasmando rostros conocidos de realidades escondidas, dignificando a las personas y embelleciendo lo olvidado. Acercándonos, además, a la Fundación Juan Bonal.



INTELIGENCIA ARTIFICIAL



José Luis García del Río

El conjunto de palabras «inteligencia artificial», o simplemente «IA», nos da un poco de miedo. No paramos de escucharlas en las aulas, en las oficinas e incluso en nuestras propias casas. Sin embargo, ese miedo es, en parte, irracional.

¿Por qué es irracional? La IA no es otra cosa que tecnología: una tecnología con una capacidad nunca antes vista y que ha avanzado más rápido de lo que esperábamos. Pero no deja de ser eso, tecnología. Y la tecnología nos ayuda a crecer como seres humanos, ya que es un invento que nace de nuestras manos. El ser humano tiene la capacidad de crear nuevas tecnologías, adoptarlas en su día a día y progresar como sociedad a través de ellas.

De hecho, la historia está llena de momentos de invención y genialidad humana: el descubrimiento del fuego hace 1,5 millones de años; la rueda, en Mesopotamia; Edison y la bombilla; la imprenta de Gutenberg; Fleming y la penicilina... Sin ir más lejos, el propio internet hace posible que participe en esta revista.

La realidad es que la inteligencia artificial nos está sorprendiendo a todos. Quienes trabajamos muy de cerca con ella —en mi empresa la tratamos como un empleado multidisciplinar más— creemos que se trata de un cambio que, probablemente, pasará a la historia, tal y como lo hicieron las invenciones anteriormente mencionadas, por el efecto que está causando y causará en la vida de quienes la usamos y también de quienes no la usan. Y esto, como todos los cambios, da miedo.

No obstante, pensemos en qué hace la inteligencia artificial: en pocas palabras, nos ayuda a realizar tareas de forma más rápida, optimizando procesos manuales y dándonos tiempo para centrarnos en aquello que un ser humano puede aportar y una máquina no: la consciencia.

La consciencia se traduce de muchas formas: es creatividad, humor, cariño, desorden, remordimiento, pensamiento, amor... Estas cosas no te las da —ni, personalmente, creo que te las dé nunca— una máquina.

Probablemente, cuando el primer Homo erectus descubrió el fuego, el resto de la tribu se sintió amenazado al no entender qué estaba ocurriendo. ¿Algo fuera de lo conocido? Peligro. Sin embargo, hoy no concebimos el mundo sin esa «tontería» llamada fuego.

Tarde o temprano, tenemos que asumir que la sociedad evoluciona, y que esto de la IA es causa y consecuencia de esa evolución. Por lo tanto, cuanto más entendamos cómo utilizar estas herramientas y cómo ser más humanos a través de ellas, más consciencia —y más amor— podremos ofrecer.

Desde el punto de vista de la misión, la inteligencia artificial es, en las manos adecuadas, un multiplicador que nos permite ofrecer lo que realmente necesitan las personas: amor. Para dedicar menos tiempo —y menos recursos— a las cosas que no importan tanto y emplear ese tiempo en dar amor al prójimo.

LIDERAZGO DE LA HOSPITALIDAD

Del liderazgo Ausente al Asertivo

José M^a Bautista Guadalupe.
Director LearningFlow

"La tradición no es la adoración de las cenizas, sino la preservación del fuego".

Esta frase está en el título del último disco de Mayte Martín, donde transforma canciones españolas tradicionales. Esta frase ayuda a tomar posición porque marca la diferencia entre "adaptar" o "resignificar" los carismas. "Adaptar" conlleva mantener las mismas palabras, los mismos conceptos y los mismos significados. "Resignificar" significa indagar y ahondar en encontrar la fuente de los signos actuales para buscar nuevos sentidos, que expresen el mismo espíritu de los fundadores, con distintas palabras, conceptos y significados. Para adaptar hay que comunicar de otra forma lo mismo de siempre, es la institución quien toma la iniciativa. Para resignificar hay que escuchar y mirar de forma nueva para que el mundo nos evangelice.

No se trata de estudiar con más ahínco los textos de los fundadores. Se trata de calibrar nuestras gafas para saber mirar con tino qué es lo que está pasando en el mundo actual global y en el entorno cercano. Esta puede ser una buena definición de liderazgo: la capacidad de mirar, con suficientes resortes emocionales y cognitivos para no caer prisioneros de los sesgos que nos condicionan.

Las instituciones que adaptan se pierden en discusiones bizantinas, porque creen que la

1ª parte

Equipo Formador del PEI Santa Ana,
en Tiemelekro



clave es cambiar una coma de las Constituciones. Adaptar es lingüístico y la letra suele matar el espíritu de la letra. Las instituciones que resignifican buscan el rostro de Cristo en los dolores de las personas. Resignificar es místico y el espíritu es lo que diferencia nuestro carisma, no lo que hicieron los fundadores.

La paradoja del burnout y de la sociedad del cansancio

En mi trabajo suelo contactar con decenas de centros e instituciones educativas cada mes. Da vértigo la rapidez con la que enseguida surge en la conversación el tema del

“burnout” docente. Todos estamos quemados, también los directivos, los alumnos y las familias, y en el trabajo, y en la política.

Con el tiempo he descubierto algunos patrones que se repiten. ¿En todos los centros? No. No todos los centros abren el juego con las cartas del burnout. Os explicaré porqué.

No es casual que uno de los libros más vendidos, emblemáticos de este mundo que vivimos se titule “La sociedad del cansancio”.

Los datos confirman que el 39% de docentes españoles presenta síntomas de ansiedad o depresión. El 37% se siente agotado (Educo-barómetro SM, 2024). El 64% del profesorado español siente bastante o mucho estrés por el trabajo administrativo, muy por encima de la OCDE: 51% (TALIS 2024). En el mundo empresarial los datos no son más esperanzadores. Según Gallup, la principal consultora en medir el clima laboral, solo el 9% de los trabajadores españoles se siente motivado y comprometido con su trabajo.

Supongo que en este punto esperas que responda a la pregunta: ¿Qué hacemos? Aún no toca. Toca preguntarnos “¿porqué?”. Porque dependiendo de cómo describas los signos de nuestro tiempo, así surgirán como setas las pretendidas soluciones. El gran esfuerzo consiste en analizar, no en solucionar.

Empiezo una serie de 4 artículos al estilo Spielberg, en busca de cuál es el significado actual del carisma de la hospitalidad en el ámbito del liderazgo. En otras ocasiones lo hice sobre la pedagogía de la hospitalidad, la pastoral de la salud, la pastoral interseccional, etc.

En esta era del agotamiento, la complejidad y el burnout propongo explorar 8 modelos de liderazgo:

4 liderazgos negativos antihospitalidad. Los llamaré ABCD: Ausente, Burocrático, Control y Desprecio.

4 liderazgos que construyen hospitalidad. Los llamo ARCA: Asertivo, Resolante, Comunicador y Abierto. Este primer artículo reflexiona sobre la dialéctica entre la pareja del liderazgo Ausente y el Asertivo.

1. EL LÍDER AUSENTE

La inercia quizá heredada del síndrome postpandémico, ha llevado a algunos centros a tomar una decisión: si están tan exhaustos y estresados, tengamos compasión. Siempre hay que generar una narrativa que sustente la ceguera atencional. La falsa compasión ha hecho mucho daño y ha devenido en anti-compasión y complacencia. En las comunidades religiosas, en los centros educativos, sociales, sanitarios, parroquias se ha generado una narrativa del cuidado, que llama cuidado a lo que en verdad es complacencia, que llama compasión a lo que es ceguera atencional.

No me malinterpretéis, definiendo totalmente la necesidad del cuidado y la compasión en este mundo deshumanizador que nos está quedando. Pero no así.

El líder ausente cree que la solución al cansancio es descansar

El líder ausente a veces está de “cuerpopresente”, expresión castellana con una retransca que retrata cuándo alguien está vivo, pero está muerto, está su cuerpo, pero no su alma.

A veces el líder ausente está presente, pero la mayoría de las veces está ausente en cuerpo y alma.

Tiene demasiada responsabilidad como para perder el tiempo tomando café con los demás, para perder el tiempo charlando. No le pidas que visite las aulas, porque tiene demasiadas reuniones, gestiones e informes que presentar.

Están tan ocupados, que solo ocupan su despacho y ahí echan raíces. Están tan ocupados que su estrés les paraliza y su hiperactividad

solo genera pasividad, bloqueo, carga cognitiva, aplazar decisiones.

Como Mahoma no va a la montaña del aula, son las montañas las que van a su despacho, que se convierte en el centro del huracán de cotilleos y quejas.

Muchas veces el líder ausente, quizá casi siempre, actúa de buena voluntad. Ha convertido su despacho en el confesionario de Rosalía, al que le suelen crecer barbas, si fuese Freud. Solo escucha a los quemados. Así que interpreta que su misión es salvar al mundo del incendio y se pone su capa de superlíder para apagar un fuego cada hora. Los somos padres sabemos que cuando un bebé tiene una rabieta, es posible que tu pseudo-cariño provoque el doble de rabietas el mes que viene.

Él solito ha inventado una dinámica que le obliga a estar en todas partes a todas horas. Pero está sin estar.

Tengo malas noticias: descansar no cura el cansancio.

El líder ausente cree que si están agotados, la solución es darles descanso. Esta es la estrategia del respeto. La compasión consiste

en bajar las exigencias, aligerar el acompañamiento, evitar conflictos, no estresar, quitar cargas. Todo eso que algunos han llamado cultura del cuidado.

La intención es buena. Pero no siempre el instinto acierta. Más bien, el instinto es fruto de la tiranía de la amígdala, el gobierno de la impulsividad. Todos creemos que el paraíso tiene color de sofá mullido para tragarme las 200 horas de Juego de Tronos de una sentada. Sin embargo todos los expertos en la psicología de la felicidad, Seligman, Tal Ben Sahar, Csíkszentmihályi...han demostrado que la felicidad se encuentra en otra dirección y hay que caminar duro para encontrarla.

No es el exceso de exigencia

Axel Honneth, heredero de la Escuela de Fráncfort, cuna del pensamiento crítico europeo, lanza una tesis que contradice el discurso dominante en las tertulias de café.

No podemos tomar decisiones si no analizamos las causas de burnout, del estrés y el agotamiento actual. Honneth lo formula con precisión clínica: las patologías sociales contemporáneas no nacen del exceso de exigencia, sino de la ausencia de reconocimiento.





La persona que sufre, que protesta, que se cansa, que se queja, no suele ser la que más trabaja. Es justamente la que se siente ninguneada.

Si les dejas en paz, más guerra darán

Por lo tanto señores y señoras, si su solución es dejarles en paz, estará cavando más hondo el hoyo del agotamiento, porque cuanto más en paz les dejes, más guerra darán.

Cientos de investigaciones confirman que el origen del estrés no es el exceso de trabajo, si no el abandono de los líderes. El origen del sinsentido es evidentemente la falta de sentido, de proyecto, de dirección, esa manía consumista pedagógica de apuntarse cada pocos meses a la última moda y abandonar la antes siquiera de haberla terminado de aplicar.

El antídoto al burnout: "Más formación, menos problemas. Menos formación más problemas"

Los 4 dolores más urgentes, que veo en los centros que visito, contrastados en todos los informes TALIS, Educobarómetro, Unesco... son: gestión del tiempo en claustro (burocracia), gestión emocional y salud mental (burnout), adaptaciones a alumnado NEE (inclusión), gestión del aula (conflictos).

Apliquemos un silogismo aristotélico:

A: estás agotado porque no sabes gestionar

el tiempo, las emociones, la inclusión y el aula.

B: suprimo la formación.

C: ergo tus problemas se duplicarán porque carecerás de herramientas para gestionar lo que causa tu estrés.

El líder ausente me dirá: sí pero me he ahorrado diez horas de formación, que antes agotaba a mi claustro. Claro y ahora perderán la mitad del tiempo de sus reuniones, que son 20 horas al mes. Perderán su foco emocional, a la mitad de los niños en su aula, porque ningún trabajador puede hacer bien su trabajo sin herramientas.

No lo dudes. Esta es una de las leyes del liderazgo de la hospitalidad. Pregúntame por centros que conozco. Aquellos que sufren más burnout, coincide que son los que menos formación auténtica tienen y viceversa: "Más formación, menos problemas".

La causa de la causa de la causa

Según Hartmut Rosa el origen de esta sensación de agotamiento permanente es ese sentirse abandonado, prescindible, ninguneado. Es la insignificancia la que causa la pérdida de sentido. Es esa franja donde se juntan los dos mares del sentido y el significado.

Cuando una institución no tiene un proyecto, deja de tener sentido, porque no tenemos significados.

Es entonces cuando surge esa neurosis, camuflada en planes estratégicos de correr más y más, con esa sensación de que nunca llegamos a ninguna parte. La verdad es que no llegamos a ningún sitio porque corremos sin sentido. Podemos concluir que es el correr "sin sentido", la causa de la causa del "sinsentido".

Colgar el cartel "no molestar"

"No molestar" no es lo mismo que cuidar. A veces, la mayor forma de abandono se disfraza de respeto a la autonomía. Hartmut Rosa describe este fenómeno con el concepto de mudez del mundo: la experiencia de que el entorno no responde a lo que hacemos, que nuestras acciones no generan eco, que el trabajo que realizamos desaparece en el vacío institucional sin que nadie lo reconozca, ni lo integre. Eso no es cuidar. Es alienación.

La alienación ya no la generan las estructuras de poder

En esta modernidad líquida que vivimos, la alienación es fruto del mundo acelerado en el que vivimos, donde las prisas no son un fenómeno físico que hable de la velocidad de los vehículos, las innovaciones o las máquinas. La aceleración es un estado psicológico o mental, que nos impide tener consciencia y por tanto conciencia de quiénes somos. La aceleración produce ausencia, nos sentimos abandonados, la tormenta perfecta de la alienación, las 4 A: Aceleración>Ausencia>Abandono>Alienación.

Las personas no están quemadas por exceso de fuego, sino por esa sensación de estar ahogados en medio de las cenizas.

No es el exceso de trabajo, sino la ausencia de propósito lo que genera la vida sin sentido y el burnout.

Mundo frágil, generación de cristal

En 2019, Jamais Cascio, creó el concepto FANI (Fragilidad, Ansiedad, No lineal, Incomprensible), que enseguida triunfó en medio de la crisis pandémica.

Su visión es una situación apocalíptica y derrotista, por algo él se define de profesión: futurólogo. No comparto esta visión en absoluto. No comparto que estemos condenados a la fragilidad o la ansiedad, como signo de nuestro tiempo. Tampoco comparto el calificativo "generación de cristal", que la generación Z percibe como un insulto y una falta de respeto.

Nuestro mundo no es incomprensible. Me gusta el acrónimo VICA, tomado por el PEI Santa Ana como gafas institucionales para leer los signos de los tiempos actuales. VICA no es una fotografía para retratar este mundo volátil, incierto, complejo y ambiguo, sino que son unas gafas para leer con pensamiento crítico los males que puede generar por ejemplo la complejidad, pero también para acoger el Reino de Dios que esconde esa complejidad. No se trata de protegernos de ella creando una campana de cristal en comunidades o aulas donde eliminemos el estrés. No, la solución es aprender a gestionarlo, no eliminarlo.

Este es el problema del líder ausente. Estaba tan feliz en ese mundo fijo, previsible, simple y verdadero, que ahora se ha encerrado en su caparazón por miedo a las radiaciones solares. Nadie le ha dicho que es el sol el que da la vida, no el que la quita, que incluso el sol, la mayor fuente de vida, puede quemarte.

La solución no es encerrarte en tu ausencia por miedo al burnout. Sal y gestiona la vida, eso es vivir.

... CONTINUARÁ

